TOCQUEVILLE

La actualidad de la democracia

Elisa Virgili

Lectulandia

Filósofo, político y considerado también como uno de los primeros sociólogos, Alexis de Tocqueville (1805-1859) ha marcado profundamente la reflexión política contemporánea. En su obra más famosa, La democracia en América, efectúa un análisis de las instituciones, la filosofía moral y la observación de las costumbres, y presenta a un tipo de hombre nuevo, el hombre democrático, caracterizado por el individualismo y el escepticismo religioso. Sus juicios acerca de la potencialidad, la vulnerabilidad y los defectos de los sistemas democráticos sorprenden por su vigencia y actualidad. Más de siglo y medio después de su muerte, Tocqueville tiene mucho que decirnos acerca de nuestras actuales democracias. Manuel Cruz (Director de la colección)

Elisa Virgili

Tocqueville

La actualidad de la democracia

Descubrir la filosofía - 87

ePub r1.0
Titivillus 04.06.2024

Elisa Virgili, 2016
Traducción: María Llopis
Ilustración de cubierta: Nacho García
Diseño de portada: Víctor Fernández y Natalia Sánchez
Diseño y maquetación: Kira Riera

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Tocqueville

Introducción

Vida, obras y contexto histórico
- Orígenes aristocráticos
- Los inicios en política
- El viaje a América
- Regreso a Francia y actividad intelectual
  - Tocqueville, ¿maestro de Mill?
  - La colonización de Argelia, «Je vous ai compris»
- Carrera política

La democracia en América
- Estructura y contenidos de la obra
  - La libertad de las chicas americanas
- Soberanía del pueblo y tiranía de la mayoría
- ¿Qué es la democracia?
  - François Guizot
  - ¿Qué es el liberalismo?
- El hombre democrático y el individualismo
- La religión en Tocqueville

Otras obras
- La investigación sobre las cárceles
- El Antiguo Régimen y la Revolución
- Apartados de la obra
  - El Antiguo Régimen

La herencia de Tocqueville
- ¿Una investigación sociológica?
  - La metáfora del cuerpo político

Conclusiones

APÉNDICES
- Bibliografía
- Cronología

Notas

Introducción

Es un lugar común bastante extendido creer que la mayoría de las personas que, cuando se habla de política en una cena, cita *La democracia en América* de Tocqueville en realidad nunca ha leído el libro.

Tanto si es cierto como si no, la cuestión es otra: ¿por qué se sigue citando a un pensador de hace doscientos años al hablar de la actualidad? ¿Qué sentido tiene releer *La democracia en América* hoy?

Este texto quiere servir de introducción al pensamiento de Alexis de Tocqueville y ofrecer una respuesta a estas preguntas. Empezaremos con un breve resumen de su vida, no tanto por curiosidad biográfica como por el hecho de que, como un etnógrafo moderno, el resultado de su trabajo deriva de las experiencias que vivió. Por primera vez en la historia del pensamiento político, se intenta hablar de un concepto a partir de la descripción de la realidad en que se ha actuado, y ese concepto es la democracia.

El viaje que Tocqueville realiza a Estados Unidos con su amigo Beaumont le lleva a la publicación, en 1835, de su obra más exitosa: *La democracia en América*, un trabajo destinado a darle fama europea a pesar de su juventud. Para sus contemporáneos, la obra resultará revolucionaria, justamente porque los cimientos de la carrera política no se buscan en la teoría política, sino en la praxis. Estados Unidos, un país nuevo en el Nuevo Mundo, precisa de una ciencia política nueva, y es esta la que el pensador francés pretende investigar.

El estudio de Tocqueville integra la observación de las costumbres y la sociología, el análisis de las instituciones y la filosofía moral. Por esta razón está considerado sobre todo un filósofo, pero aún hoy aparece en los manuales de ciencias económicas y sociales, y la sociología, aunque de forma tardía, le ha dedicado una gran atención.

Si bien no era partidario de la teoría positivista, sí defendía una ciencia explicativa de los sistemas sociales, y de alguna manera también se apartaba

de las filosofías de la historia, de la construcción de una teoría sistemática y de las teorizaciones de cualquier utopía social.

En Tocqueville, la investigación de cada fenómeno concreto antecede al intento de sistematización teórica, y sus resultados pueden aplicarse mucho más allá de las fronteras de Estados Unidos o Francia. Nos presenta un nuevo tipo de hombre: el desinterés hacia la vida civil, el escepticismo religioso, la crisis del plano reflexivo de la existencia son los rasgos del nuevo hombre democrático.

En su texto principal investiga el problema del gobierno de la democracia, el mismo que se plantea también en Europa tras la Revolución francesa: la despolitización de la sociedad del Antiguo Régimen y la ausencia de interés por parte del público —causada en Francia por el absolutismo y consecuencia en América del liberalismo—, si están combinadas con el sufragio universal, pueden causar una deriva totalitaria.

La mayoría de los críticos atribuyen a Tocqueville una notable capacidad de clarividencia. Sus intuiciones acerca de la potencialidad y la vulnerabilidad de los sistemas democráticos son sorprendentes por su absoluta actualidad, y se exponen con un estilo sincero y directo.

Las preguntas que Tocqueville se plantea sobre la sociedad democrática y su aparición en el nuevo marco europeo, las consecuencias que esta tiene sobre la moral y las costumbres, y su reflexión sobre el papel de la religión al poner en relación el bienestar privado con el comportamiento cívico no son un simple ejercicio intelectual, sino un intento sincero de entender la nueva dirección que está tomando la sociedad en transformación, y, todavía más, el intento de prever sus consecuencias a largo plazo, a tan largo plazo que sus teorías han llegado hasta nosotros y han resultado proféticas en relación con muchas cuestiones, especialmente con la despolitización y la importancia de los medios de comunicación.

Desde esta perspectiva se analizará, ante todo, su obra más importante, *La democracia en América*, intentando descubrir sus ideas principales, entre ellas la evolución de los conceptos de individuo y de estado de bienestar, el papel de la religión y la tiranía de la mayoría.

Más adelante, se hablará de otra importante obra de Tocqueville, aunque menos conocida, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, que analiza la

transformación del panorama político en la Francia de su época.

Por último, explicaremos cómo fue recibido por sus contemporáneos y qué influencia tiene aún en nuestros días, para entender el alcance de su trabajo y poder contestar a las preguntas que se han planteado al principio.

Vida, obras y contexto histórico

Resulta bastante habitual encontrar la biografía del autor al principio de un libro en el que se exponen sus obras. La mayor parte de las veces, esto es necesario para facilitar un marco histórico que contribuirá a entender mejor los razonamientos que se presentarán, pero en otros casos es el fruto de una curiosidad biográfica que en la mejor de las hipótesis resulta útil para crear una especie de confianza entre el lector y el autor, que de este modo se convierte en un personaje «familiar».

En la biografía de Tocqueville, concretamente en la que escribió André Jardin,[1] aparece, como se manifestará en sus escritos, su extraordinaria capacidad de detectar la continuidad y la evolución de los hechos que pueden ser inapreciables para la mayoría.

La situación histórica en la que escribe ve una Europa en busca de soluciones para frenar la tendencia del poder a convertirse en absoluto, pero, a pesar de ello, o quizá debido a ello, Tocqueville centra su investigación en la defensa del individuo respecto a la sociedad y en la defensa de la sociedad respecto a sí misma, con lo que anticipa temas que serán cruciales unas décadas más tarde.

Esta capacidad casi profética aparece no sólo en sus escritos, sino también en el relato de su vida. De hecho, su obra principal es el resultado de un viaje que representó una intensa experiencia biográfica, la cual inevitablemente se entrecruza con sus reflexiones teóricas y, de algún modo, las produce.

También su última obra, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, está vinculada a su biografía, quizá aún de forma más íntima, puesto que habla de vivencias que su propia familia experimentó. La reconstrucción histórica ocupa la posición central de este texto, pero también aparece en él continuamente una memoria personal, que quizá le lleva a afirmar que las personas y las cosas son capaces de superar los acontecimientos traumáticos de la historia, tal y como su familia había logrado sobrevivir al período del Terror que siguió a la Revolución francesa de 1789.

Las amistades y las relaciones que aparecen en el relato de su vida (un carlista[2] como Beaumont, liberales como François Guizot y John Stuart Mill) reflejan una especie de ambivalencia que va más allá de la definición que suele hacerse de Tocqueville como un pensador liberal. De hecho, se evidencian dos actitudes distintas: por un lado, hacia la libertad y la democracia, y, por otro, hacia la tradición legitimista, que es fruto de su legado familiar.[3]

Sin embargo, sería erróneo y poco generoso pensar en Tocqueville como en un liberal en la teoría y un nostálgico del Antiguo Régimen en su vida privada. En realidad, su admiración por la forma de gobierno americana se pone de manifiesto en sus escritos sin ninguna retórica, y no hay contradicción alguna si de vez en cuando se vislumbra algún signo de la misma admiración hacia la Francia anterior a la revolución. Esto es debido no sólo a sus orígenes, sino también a que, desde su punto de vista, la democracia en Estados Unidos garantiza, a través de sus leyes, las mismas autonomías que en Francia quedaban aseguradas por el Antiguo Régimen y que la revolución había destruido justamente para lograr la libertad; esta opinión no se alejaba mucho de la de otros pensadores llamados reaccionarios activos en la época de la Restauración.

Así pues, el relato de su vida, sus viajes y su contexto histórico posee una particular relevancia para dibujar el pensamiento de este autor, precisamente porque este es el resultado de los lugares que visitó, de las amistades que trabó y de las experiencias políticas en las que participó, además de su formación intelectual.

Por ello, el resumen de sus viajes servirá de base para el estudio de algunas de sus obras, las cartas que escribió a sus amigos acompañarán el análisis de sus teorías y la descripción de las etapas de su carrera política nos ayudará a entender mejor algunas de sus posturas.

Alexis de Tocqueville. Retrato de Théodore Chassériau (1819-1856).

Orígenes aristocráticos

Alexis de Tocqueville nació en París el 29 de julio de 1805; según el calendario revolucionario, el 11 Termidor del año XIII. Aunque el acta de nacimiento evite con gran esmero nombrar títulos pertenecientes al Antiguo Régimen, resulta evidente su procedencia noble. Su padre, Hervé-Bonaventure, es un Clérel —familia noble normanda muy antigua—, quien, huérfano a muy temprana edad, logra crearse una discreta fortuna en el Cotentin. Posteriormente, durante la Restauración, recupera el título de conde, que le viene dado por Luis XVIII.

Destinado a la carrera militar, como muchos otros jóvenes nobles, inicialmente siente una cierta simpatía por la revolución, pero, debido a las presiones familiares, enseguida se enrola en la guardia constitucional de Luis XVI. Sin embargo, se produce un hecho determinante: el 10 de agosto se dispone a defender las Tullerías, el palacio en el que Luis XVI permanecía en arresto domiciliario con su familia, desde las filas de la Guardia Nacional. En el exterior, el pueblo, que iba a asaltar el palacio, y la cambiante opinión pública respecto al rey le convencieron para quitarse la divisa. Sospechoso desde aquel momento, huye de París para refugiarse en el norte de Francia. Más adelante se reúne con el abuelo de su futura esposa (que era un defensor del rey) en Malesherbes.[4]

Sin embargo, en sus *Mémoires*[5] describe el período del Terror como relativamente feliz. Naturalmente no se trataba de una época tranquila, pero en sus palabras se aprecia una cierta confianza en la Restauración tras un momento de crisis, y también su matrimonio con la nieta de Malesherbes puede considerarse bajo esta óptica, la del mantenimiento de un estado de bienestar en una época en la que el sistema nobiliario se estaba erosionando, con la convicción de que las cosas volverían a ser como antes.

Sin embargo, en diciembre de 1793, buena parte de la familia Malesherbes es arrestada y conducida al patíbulo: Hervé y su mujer, Louise de Rosanbo, son detenidos y liberados tres meses después; el cautiverio deja sobre todo daños permanentes en la psique de la mujer, situación que influye en los primeros años de vida de Alexis, También queda afectada su situación

económica, pero logran recuperarla con tenacidad en los años siguientes. Una vez restablecida la estabilidad durante el Imperio, la familia transcurre los inviernos en París y los veranos en Verneuil, donde se habla poco de política (aunque se da por supuesta la fidelidad a la familia real) y mucho de filosofía, historia y literatura.

A la caída de Napoleón, en 1814, el padre de Tocqueville obtiene un cargo administrativo como prefecto en Maine y Loira y, después de Waterloo, en Oise, donde es preciso mediar entre las autoridades monárquicas y autónomas, que predominan sobre todo en las provincias, y las que querrían mantener los cambios operados por la revolución, presentes principalmente en la capital, una tarea que, tal y como admite el propio Tocqueville, él no cree poder llevar a cabo con imparcialidad.

Prosigue su carrera en Dijon y luego en Metz, donde resuelve problemas tanto de tipo político como vinculados a la economía, por ejemplo en su intento de detener la hambruna que aflige aquellos lugares a través de un sistema de inversiones y de frenar los precios de venta. En particular, se dedica a la educación primaria, una actividad que, como veremos, será importante también para su hijo. Luego le destinan al prestigioso distrito de Versalles para ser nombrado par[6] unos años después título que perdió en 1830. Desilusionado, se retira a la vida privada y muere en 1856.

Su actividad pública estuvo acompañada de una actividad intelectual cuyo resultado fue la publicación de una *Histoire philosophique du règne de Louis XV*, seguida por *Un coup d'œil sur le règne de Louis XV*, y por último, la obra de mayor interés, las *Mémoires*. El objetivo principal de estos escritos, aunque no se refiera explícitamente, es entender las causas de la revolución, si bien ello se realiza a través de lo que su hijo describirá como «la historia aristocrática», es decir, la historia de los reyes y de los gobernantes y de su conducta moral, que tendría una consecuencia directa en los acontecimientos. No es ciertamente el tipo de relato al que se acostumbrará su hijo, que, por el contrario, se centrará en la sociedad.

Este recorrido por la vida del padre de Tocqueville tiene el fin de hallar en ella posibles influencias o herencias en su pensamiento. De todos modos, no se trata de una búsqueda fácil: si, por una parte, es verdad que Tocqueville parece intelectualmente alejado de las opciones de su padre, por la otra, sigue mostrando un claro respeto por su familia.

Algunos estudiosos han identificado una deuda intelectual de Tocqueville con respecto a la descentralización, otros, en cambio, creen que el origen del interés por esta problemática debe buscarse exclusivamente en su viaje a Estados Unidos. Para justificar esta última tesis puede considerarse que su padre, como miembro de la comisión de estudio creada por Martignac para solventar las preocupaciones de Carlos X sobre los proyectos de descentralización y su posible perjuicio de la administración real, defiende que es mejor «armonizar con los principios de la Constitución política y las instituciones existentes» antes de crear instituciones nuevas.

En cambio, sí parece heredado su interés por lo público, que a veces se ha interpretado como participación política (y ambición por la carrera política) y otras veces como interés intelectual y motor de la investigación que Tocqueville realizará a lo largo de toda su vida.

Así, puede decirse que la educación de Tocqueville está influida, por una parte, por una madre intransigente, monárquica y católica y, por otra, por un padre que, aun siendo monárquico, se muestra más dúctil y pragmático. Por último, hay que recordar también la figura del abad Lesueur, antiliberal y con simpatías jansenistas,[7] que desempeña un papel importante en su educación, sobre todo hasta el momento en que empieza la enseñanza secundaria, si bien numerosas cartas atestiguan que su relación dura mucho más tiempo y que Tocqueville le interroga a menudo acerca de cuestiones intelectuales y morales.

Al principio, el joven Tocqueville no acompaña a su padre en todos sus traslados, pero en 1820 sí se reúne con él en Metz, donde ingresa en la escuela real y empieza a estudiar retórica y filosofía. Más que el colegio tradicionalista, lo que quizá tiene mayor influencia en él aquí es la biblioteca de su padre, de modo que algunas lecturas ponen en crisis primero su visión de la aristocracia y luego su fe religiosa, crisis que, en cierto modo, es el preludio de la que sufrirá en 1830.

Finalmente regresa a París con su madre, donde completa los estudios de derecho en 1826. En este momento dedica gran parte de su tiempo al estudio de la historia concebida como explicación de su época, es decir, no como un simple relato de los acontecimientos, sino como un recorrido que puede ayudarlo a entender lo que ocurre en el presente, como se manifestará en su última gran obra, *El Antiguo Régimen y la Revolución*. Al finalizar estos

estudios emprende un viaje a Italia con su hermano Edouard, una etapa casi obligatoria para los jóvenes de la época. A raíz de este viaje escribe dos manuscritos, uno de ellos de extensión considerable (unas 350 páginas) dedicado por entero a Sicilia. Empieza así una «costumbre» que caracterizará toda la actividad intelectual de Tocqueville, la del viaje, los apuntes y la comparación entre sociedades diferentes. Sin embargo, tras la publicación de las *Obras* por parte de Beaumont no quedó ningún testimonio de estos manuscritos, salvo las palabras de su propio amigo.[8] Según Beaumont, este manuscrito permitía

> estudiar el recorrido que siguió la mente de Tocqueville, sus vaivenes, sus desdenes, sus regresos, las vías por las que volvió al verdadero camino.[9]

Recordamos sólo un par de episodios que se explican en los apuntes de viaje y que resultan particularmente significativos. El primero se refiere a una noche en la que Tocqueville durmió en el Campidoglio y soñó con los grandes hombres de Roma, pero lo despertó la procesión de un grupo de frailes y un cuerno de vaca. El joven Tocqueville explicó que esto le había llevado a reflexionar sobre la fragilidad de los imperios. El segundo es un diálogo entre un siciliano y un napolitano que, discutiendo, explican cómo el despotismo envilece tanto a la aristocracia italiana como a la del pueblo conquistador. Sin embargo, el final reserva una luz de esperanza, una esperanza en la Europa libre, que no podrá tolerar por mucho tiempo esa excepción despótica.

En la interpretación de este diálogo parece asomar una de las primeras reflexiones de Tocqueville sobre la aristocracia y el despotismo, sobre la que profundizaría en sus escritos en los años siguientes.

Los inicios en política

Al regreso de su viaje, asume el cargo de magistrado auditor en el tribunal de Versalles,[10] a pesar de su evidente desagrado hacia este trabajo, pues sin duda prefiere la carrera política que su padre desea para él. Sin embargo, el cargo le permite conocer a Gustave de Beaumont, de orígenes y formación similares a los suyos, con quien, aparte de una gran amistad, mantiene también un vínculo intelectual.

En este período, ambos se aproximan a la economía política con el estudio de Jean-Baptiste Say,[11] y Tocqueville empieza a desarrollar sus primeras reflexiones acerca de la historia y la política, al mismo tiempo que esboza el proyecto que será la base de toda su obra. En una carta del 25 de octubre de 1829 escribe:

> es el hombre político el que hay que construir en nosotros. Y para hacerlo es preciso estudiar la historia de los hombres, sobre todo aquellos que nos han precedido en el pasado más inmediato. La otra historia sólo sirve para dar alguna noción general acerca de toda la humanidad y preparar la otra.[12]

A pesar de esta afirmación, Tocqueville no infravalora la historia general, y de hecho la considera indispensable para la formación del hombre político. En este sentido, encuentra un guía y un maestro en la figura de François Guizot, a cuyas lecciones «Histoire de la civilisation en Europe» y «Histoire de la civilisation en France» asistió.

En sus apuntes de la lección de Guizot del 18 de julio de 1829 puede leerse:

> La historia de la civilización […] quiere y debe querer abarcar todo al mismo tiempo. Es preciso examinar al hombre en todas las posiciones de su existencia social. Es preciso que esta siga sus desarrollos intelectuales en los hechos, en las costumbres y en las opiniones, en las leyes y en las creaciones de la inteligencia, es preciso que esta se manifieste en él, que aprecie las influencias extranjeras en medio de las que él ha sido colocado. En pocas palabras, es todo el hombre que es preciso describir, en un período determinado, y la historia de la civilización no es otra cosa que la síntesis de todas las nociones que se refieren a él.[13]

En las enseñanzas de Guizot puede verse una referencia a lo que después Tocqueville buscará en Estados Unidos: si entendemos ese «período determinado» como otra área geográfica, otra nación, podemos empezar a encontrar un nexo metodológico entre estas lecciones y la voluntad de análisis de la sociedad americana, donde Tocqueville conecta las relaciones sociales con la vida privada del hombre democrático.

Cuando estallan los Tres días gloriosos,[14] Tocqueville se halla en una posición política muy dividida. Si hasta ahora hemos visto su vínculo con sus orígenes conservadores, durante el estallido de la Revolución de 1830 surgen sus dudas acerca de la casa real.

> Hasta el final había sentido por Carlos X un residuo de afecto hereditario, pero este rey caía por haber violado derechos que eran importantes para mí.[15]

Durante los tumultuosos días de la Revolución de julio, Tocqueville y su amigo Beaumont se consideran todavía liberales, aunque ven en esa revuelta la posibilidad de alcanzar una libertad reglamentada que sitúe las leyes por encima del rey. Cada vez se dibuja más el ideal político de Tocqueville, a pesar del afecto por la familia y sus ideales. Tras estos días, como su amigo y muchos más, se encuentra en una posición políticamente incómoda, en que la hostilidad entre democracia y burguesía le excluye paradójicamente de la carrera en la magistratura y le dificulta el acceso a una carrera política. Este es uno de los motivos que le empujan a viajar a Estados Unidos, puesto que cree que alejarse por un tiempo podría ser una solución a esta situación de estancamiento. Pero, por supuesto, hay otros motivos detrás de esta decisión.

El viaje a América

El pretexto oficial para este viaje es el estudio del sistema carcelario, pero su verdadero objetivo es profundizar en el conocimiento de la nueva democracia.

En realidad, se pueden hallar muchas respuestas en el Nuevo Mundo: dada la inestabilidad política de Francia, con una monarquía recién restaurada pero inestable, y con la amenaza de la república siempre inminente, y además de una república que sólo recordaba los días del terror, ¿era posible prefigurar un sistema democrático distinto y eficiente?

Los dos amigos zarpan desde Le Havre el 2 de abril de 1831 y realizan la travesía en 38 días, al término de los cuales desembarcan en Nueva York. Sólo van a permanecer ahí nueve meses, en los que pueden distinguirse tres períodos: el de Nueva York: el de Boston, Filadelfia y Baltimore; y el de Washington, más el regreso final a Nueva York En medio, dos grandes viajes: uno a Canadá y otro al sur, remontando el Mississippi. La observación principal se desarrolla durante los períodos estables que pasa en las grandes ciudades, de manera que sacrifica un conocimiento más profundo del sur, del que Tocqueville habría podido sacar conclusiones acerca de la influencia ejercida allí por la vieja aristocracia.

Integrarse en la sociedad y en el sistema penitenciario les resulta fácil, puesto que dos franceses que van a estudiar el sistema americano son

recibidos con los brazos abiertos. Es más, representan un halago para el orgullo nacional, de tal modo que el propio Tocqueville se sorprende de la poca repercusión que su misión había suscitado en Francia y, en cambio, del gran eco que provoca en América, donde incluso se celebran ceremonias en su honor y son recibidos por el alcalde de Nueva York A través de la vida social, ambos empiezan a conocer los usos y las costumbres de la nueva democracia, obtienen reuniones privadas para profundizar en las cuestiones en que están interesados, sobre todo con personajes eminentes, y llevan a cabo «entrevistas» como si realizaran una investigación cualitativa *ante litteram*.

La estructura social y su relación con las instituciones constituyen el eje principal de la investigación, además, por supuesto, del sistema penitenciario, estudio al que se dedican sobre todo durante los primeros meses del viaje. Enseguida empiezan a observar las diferencias entre la sociedad americana y la francesa.

Lo que les asombra particularmente es que no exista una gran diferencia entre las clases sociales, hasta el punto de que «la sociedad entera parece haberse fundido en una clase media». Pero hay otro aspecto que les parece peculiar: la condición de la mujer, que consideran decididamente emancipada. Muchos otros aspectos de la sociedad americana sorprenden a los dos jóvenes franceses, y nos detendremos en ello en el capítulo dedicado específicamente a esta obra.

Después de Nueva York inician un intrépido viaje a la región de los Grandes Lagos, durante el que Tocqueville queda impresionado por la belleza del entorno natural. A continuación visitan Canadá, como es sabido antigua colonia francesa, pero de la que, según insinúa Tocqueville, los franceses saben muy poco.**[16]**

La mayor parte de la población francesa de la época vive en el Bajo Canadá, es decir, en torno a las ciudades de Montreal y Quebec. También allí ambos jóvenes desarrollan sus investigaciones y centran su observación en las sociedades campesinas; las encuentran diferentes a las fundadas por los pioneros americanos y en algunos aspectos más parecidas a las del oeste de Francia, de donde ambos proceden.

Según relatan, se encuentran con un pueblo sano y feliz, que vive en el bienestar aunque se basa en una economía cerrada. Sin embargo, perciben también el sentimiento de un pueblo vencido, reforzado por la masiva emigración escocesa e irlandesa que se produce por aquel entonces.

Aunque la visión de Canadá que abriga Tocqueville sea parcial, porque además no se preparó para este viaje con lecturas adecuadas (a diferencia de lo que hizo con Estados Unidos), esas dos semanas dejan huella en él. Tocqueville está convencido de que Francia necesita poseer colonias. De hecho, de ese análisis nace el texto *Quelques raisons qui s'opposent à ce que les Français aient de bonnes colonies*. Enseguida intentará que esas reflexiones fructifiquen en cuanto a la colonización de Argelia, la gran cuestión de su carrera política.

A continuación, ambos se trasladan a Boston, donde participan activamente en diferentes encuentros sociales y se relacionan con distintos tipos de personas. Ello les permite investigar cada vez más a fondo la sociedad americana. Sobre todo, entran en contacto con pastores de indudable valor intelectual (gracias a ello, Tocqueville desarrolla sus reflexiones sobre el espíritu religioso, que será fundamental en su obra) y célebres hombres públicos. Pero la élite que frecuentan no aprueba al presidente Jackson, forma parte de la oposición y, *a posteriori*, se puede afirmar que el hecho de no haber tenido en cuenta ese hecho influyó en parte en la elaboración de *La democracia en América*, que pasó por alto las reflexiones acerca de ciertas corrientes nuevas de la vida estadounidense.

En Filadelfia, uno de los temas que surgen es el de la esclavitud y las consecuencias de su supresión. Ambos ya habían reflexionado sobre el problema en términos abstractos, pero por primera vez se encuentran en un país donde hay una masiva población de color y entienden que la cuestión de la esclavitud está indisolublemente ligada a la de la raza. El problema es que la eliminación del primer tema no resuelve automáticamente el segundo, tal y como constatan al cruzar el estado de Pennsylvania, donde la esclavitud ya ha sido abolida, y, sin embargo, la cuestión racial sigue siendo apremiante, como revelan la segregación en el teatro y las escuelas o la denegación del voto a los negros.

Hay que subrayar que sus impresiones estuvieron condicionadas ulteriormente por el período concreto en el que llegaron a la ciudad: en

Virginia, en agosto de aquel año, se había producido una revuelta, encabezada por el esclavo Nat Turner, y unos cincuenta amos habían sido asesinados. Unos meses después, Turner, junto con otros sediciosos insurgentes, fue capturado y ahorcado; quienes hablan con los dos franceses en aquel momento consideran este hecho como una reacción inevitable, que ciertamente no resuelve la cuestión racial, cada vez más evidente. Quizá la curiosidad por visitar un estado en el que siguiera en vigor la esclavitud les empujó a trasladarse hasta la ciudad de Baltimore.

Si bien la esclavitud vivía ahí también sus últimos días, así como los de una cierta aristocracia colonial que hace dudar a Tocqueville acerca del éxito de la democracia en el sur, la separación de las razas asombra tanto a Beaumont que será sobre todo la estancia en Baltimore la que le llevará a escribir *Marie ou l'esclavage aux Etats-Unis*, libro dedicado, a pesar del título, a la cuestión racial más que a la propia esclavitud.

Tras un largo viaje no desprovisto de peripecias y de cambios de dirección debidos a problemas causados por los rigores del invierno, llegan a Nueva Orleans y observan la relajación de las costumbres de sus habitantes.

La última etapa de su periplo transcurre en Washington, donde se reúnen incluso con el presidente, quien, sin embargo, no les despierta especial interés, y quizá por ello infravaloran la importancia de su cargo. Concluye así su viaje a América: ambos se embarcan en Nueva York el 10 de febrero de 1832, con muchos apuntes y el proyecto de un gran libro.

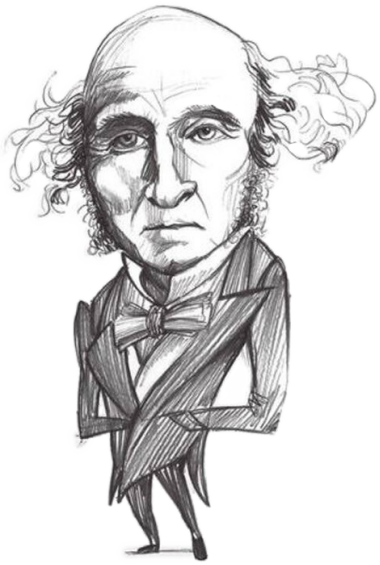
Regreso a Francia y actividad intelectual

A su regreso a Francia, la redacción del informe sobre el sistema penitenciario les mantiene ocupados la mayor parte del tiempo, pero enseguida Tocqueville empieza a escribir su obra *La democracia en América* (1835), a la que seguirá una segunda parte cinco años después.

A raíz del gran éxito que cosechó la publicación de la *Democracia*, Tocqueville decide emprender un viaje por Inglaterra, también con su amigo Beaumont, un proyecto que habían tenido que cancelar a su regreso de América debido a la epidemia de cólera que asolaba Londres.

Este país resulta especialmente interesante porque, tras la Reform Bill (1832),[17] la vida parlamentaria había quedado transformada y se habían promulgado varias reformas administrativas y progresistas que modificaron la estructura política, aristocrática y descentralizada de la nación en su conjunto. Durante ese viaje, Tocqueville también tuvo la oportunidad de conocer a John Stuart Mill, quien poco antes había escrito una entusiasta reseña de la *Democracia*, y le propone colaborar en una revista que él mismo había fundado. Ambos inician, así, un intercambio intelectual, y a las preocupaciones de Tocqueville en cuanto a la centralización y el sistema administrativo, Mill contesta instándole a reflexionar sobre el hecho de que la centralización se efectúe a beneficio del Parlamento y no del poder ejecutivo.

Tocqueville, ¿maestro de Mill?



John Stuart Mill, por Nacho García.

La relación entre Mill y Tocqueville es todavía una cuestión abierta y problemática,[18] sobre todo cuando se intenta delinear una historia del pensamiento liberal. Citamos a Norberto Bobbio, que en los capítulos centrales de *Liberalismo y democracia* ve en la tiranía de la mayoría el punto en el que se encuentran el liberalismo conservador y el más radical, es decir, Tocqueville y Mill.[19]

Muchos estudiosos están de acuerdo en el hecho de que el encuentro entre ambos fue un momento fundamental para la formación del Mill político, hasta el punto de definirle como alumno de Tocqueville.[20] Una reflexión que ambos comparten es la del individualismo en las sociedades democráticas, que se aborda tanto en *La democracia en América* de Tocqueville como en *Sobre la libertad* de Stuart Mill. Sin embargo, hacia finales de la década de 1960 también hubo quien habló de la influencia de Mill sobre Tocqueville, observable sobre todo en la centralidad que adquiere el tema de la libertad en ambos pensadores, en la importancia que se otorga al llamado «carácter nacional» y en la cuestión de la centralización, que Tocqueville aborda más veces y de la que encuentra un buen ejemplo en Inglaterra.[21]

Como ya hemos visto, es cierto que se conocieron y que mantuvieron un intercambio epistolar, como también lo es que Mill leyó con entusiasmo la *Democracia*, y en una serie de artículos políticos publicados entre 1835 y 1838 describe a su amigo francés como la voz de una «philosophy of government» más completa y articulada de una teoría de la representación política, y como quien supo descubrir a los hombres que existen antes que las instituciones. De hecho, su obra, centrada en las «human agencies», es ante todo una reflexión acerca de la naturaleza del hombre y el carácter de la sociedad.

Tocqueville reflexiona asimismo acerca de la estructura de la sociedad inglesa y, en concreto, sobre la propiedad inmobiliaria. Parte de las reflexiones derivadas de ese viaje confluirán en la segunda *Democracia*. Sin embargo, muy probablemente por un acuerdo con Beaumont, nunca publicó nada específico sobre este país como, por el contrario, sí hizo su amigo, que plasmó el resultado de sus investigaciones realizadas en Irlanda en un trabajo titulado precisamente *Irlanda*.

Al regreso del viaje, ambos se casan con sus prometidas,[22] y Tocqueville se traslada al castillo y a las tierras de la familia que acaba de heredar, aunque nunca usará el título de conde y seguirá pasando los inviernos en París. Es en este contexto cuando inicia la redacción de la segunda *Democracia*.

Entre las dos obras escribe tres importantes ensayos. En primer lugar, *Mémoire sur le paupérisme*, publicado en *Mémoires de la Société Académique de Cherbourg* en 1835, cuyas fuentes principales parecen ser las encuestas y los informes preliminares de la nueva ley sobre los pobres votada en el Parlamento inglés el 15 de febrero de 1834, y desde el punto de vista teórico, el *Traité d'économie chrétienne de Villeneuve-Bargemont*, en el que la influencia de Rousseau[23] puede observarse tanto en la temática como en el estilo.

En este texto, la cuestión del pauperismo se enmarca en el desarrollo de la civilización y se vincula a la desigualdad entre los hombres. Exponemos aquí un breve fragmento:

> Si se presta atención a lo que sucede en el mundo desde el origen de la sociedad, no será difícil descubrir que la igualdad se encuentra tan sólo en los dos extremos de la civilización. Los salvajes son iguales entre ellos porque son todos igualmente débiles e ignorantes. Los hombres muy civilizados pueden llegar a ser todos iguales porque todos tienen a su disposición medios análogos para alcanzar el bienestar y la felicidad. Entre estos dos extremos se encuentran la desigualdad de las condiciones, la riqueza, las luces, el poder de unos, la pobreza, la ignorancia y la debilidad de todos los demás.[24]

Así pues, la sociedad industrializada sería la creadora de este problema, y el remedio indicado sería la beneficencia, ya sea la caridad cristiana o la beneficencia pública, organizada en Inglaterra por el protestantismo. El problema de la ley recién promulgada era que no distinguía al pobre del holgazán, perjudicaba al rico y humillaba al necesitado. Socava así tanto el orden material como el moral.

El segundo ensayo se titula *L'État social et politique de la France avant et après 1789*, publicado en 1836 en la *London and Westminster Review* a petición de Mill. Como puede deducirse de su título, el texto se refiere a la situación de la sociedad francesa justo antes de la revolución, y se centra sobre todo en el papel de la nobleza, una casta que goza de privilegios pero que ya no desempeña ninguna función pública.

Por el contrario, se observa el avance del tercer estado, que va a la par con la industrialización y con la difusión de los principios democráticos. Además, también la centralización del poder por parte del rey, según Tocqueville, ha contribuido al debilitamiento de la nobleza. Todo ello ha creado, en su opinión, un nuevo concepto de libertad: la libertad de la clase social de pertenencia se ha convertido en la libertad de cada individuo. De este modo, la revolución no se considera la causa desencadenante, sino la aceleración de un proceso ya activo que ha transformado la sociedad aristocrática en una sociedad democrática.

En este ensayo encontramos el germen de una cuestión que Tocqueville desarrollará durante toda su vida, hasta que veinte años más tarde dedicará un libro a este tema; se trata de analizar cuáles fueron las condiciones que favorecieron el paso entre estas dos sociedades, es decir, cuáles son las peculiaridades francesas.

En tercer lugar, aparecen las *Deux lettres sur l'Algérie*, publicadas, respectivamente, el 23 de junio y el 22 de agosto de 1837 dentro de un pequeño semanario de Versalles, *La Presse de Seine-et-Oise*. Se trata de una descripción del país poco antes de la conquista de Argelia, cuestión por la que Tocqueville se interesa desde hace tiempo, así como una reflexión acerca de la modalidad de colonización. En estas páginas se muestra partidario de una ocupación restringida, no coercitiva —de ser posible—, pero de todo el país; propone mantener la autoridad y las divisiones de las tribus árabes y dejar intactas sus leyes, de tratarles, en definitiva, como sujetos separados pero manteniendo *de facto* la ocupación.

Hemos citado estos tres libros porque, aunque sean menores, anuncian temas constantes en la obra de Tocqueville, que más adelante aparecerán en sus obras principales, así como en su carrera política, y que de algún modo están relacionados entre ellos. Además, preparan el terreno para la redacción de la segunda *Democracia*, que completará en 1840.

La colonización de Argelia, «Je vous ai compris»

En 1830, durante el reinado de Carlos X, Francia invade Argelia, en aquel momento bajo el dominio del Imperio otomano. Las hostilidades se habían iniciado tres años atrás, con el llamado «caso del abanico», un incidente diplomático que había provocado el bloqueo del puerto de Argel. Cuando, en 1830, fue bombardeado un barco francés en el que viajaba un embajador que pretendía resolver la cuestión, se decidió emprender la invasión.

En parte, esto sirve también para desviar la atención de los problemas de política interna, bastante graves teniendo en cuenta de que se trata de la Revolución de Julio.

Pero la invasión supondrá un largo proceso, pues será necesaria una campaña de cuarenta años para derrotar a la resistencia del pueblo argelino.

Los tres departamentos creados durante la invasión definen aún las fronteras de Argelia como las conocemos hoy, también porque la colonización francesa dura mucho tiempo y ejerce una influencia política y cultural muy potente comparada con las demás colonias africanas.

Si inicialmente Napoleón III, en 1865, atribuye la ciudadanía francesa a los argelinos que la solicitan, cinco años después el ministro de Justicia Adolphe Crémieux, con el decreto homónimo, concede la ciudadanía sólo a los hebreos de Argelia, con lo que se inicia una política de discriminación contra los musulmanes a través de la distinción entre ciudadanos (es decir, con ciudadanía francesa) y súbditos (indígenas), que no gozan de muchos derechos políticos. La única forma que estos últimos tenían de obtener la ciudadanía era renunciar a su propia religión.

Fue preciso esperar al fin de la Segunda Guerra Mundial para que todo el pueblo del Imperio colonial obtuviera la ciudadanía francesa. Sin embargo, fue en aquellos años cuando nacieron los primeros movimientos nacionalistas que crearon, en 1954, el Frente de Liberación Nacional. Tras años de guerrilla y represión, en 1958, con el advenimiento de la V República encabezada por el general De Gaulle, se inician los tratados de paz y el general pronuncia su famosa frase, «Je vous ai compris», durante un discurso en Argel. Más adelante se llega a un referéndum que reconoce el derecho a la autodeterminación de los argelinos y al año siguiente, el 19 de mayo de 1962, Argelia obtiene la independencia.

Carrera política

Tras una extenuante campaña electoral, en 1839 Tocqueville inicia su tan ansiada carrera política al ingresar en la Cámara como diputado de Valognes.

Desde la monarquía de julio, la Cámara estaba configurada del siguiente modo: a la derecha del hemiciclo se situaban los legitimistas, en el centro derecha se hallaban los ministeriales y los doctrinarios, en el centro izquierda,

los defensores de Adolphe Thiers y otros partidos más pequeños, y, por último, a la izquierda se encontraba la oposición dinástica de Odilon Barrot, con el apoyo de algunos radicales, mayormente republicanos, en la extrema izquierda. En este panorama, Tocqueville se sienta en el número 319 del centro izquierda, aunque no pertenece a ningún partido, pensando quizá que así podría reunir a su alrededor a diputados decepcionados por la política ministerial.

Por desgracia, en la Cámara no encuentra a los grandes partidos de la generación anterior, en los que tenía puestas sus esperanzas, ni siquiera halla una renovación de la vida política, sino que se topa con pequeños partidos unidos por alianzas precarias, partidos a los que se accedía «por ambición, por amistad, por irritación contra el de al lado». No obstante, se le presenta una opción entre la resistencia y el orden, en la que Jean Casimir Périer había fundamentado su propia acción, seguido por todos aquellos que le habían sucedido en el ministerio.

Así, Tocqueville escribe en una nota difícil de datar titulada *Mi instinto, mis opiniones*:

> [tengo por la democracia un] placer cerebral y [admito ser] aristocrático por instinto, odiar la demagogia, la acción desordenada de las masas, su objetivo violento y no iluminado de las cuestiones, las pasiones envidiosas de las clases bajas, las tendencias religiosas […]. No pertenezco ni al partido revolucionario ni al partido conservador, y, después de todo, pertenezco más al segundo que al primero. De hecho, me aparto del segundo más por los medios que por el fin, mientras que me desvío del primero tanto por los medios como por el fin. La libertad es la primera de mis pasiones. Esa es la verdad.[25]

A pesar de las decepciones y el desprecio hacia las tendencias antiliberales de la izquierda, en los inicios de su carrera logra abordar cuestiones importantes. La primera es la que se refiere a la emancipación de los esclavos. Como hemos visto, este tema le había afectado mucho durante su viaje a América, y ello le había llevado a adquirir una particular competencia en la cuestión. Además, hace algunos años que Tocqueville forma parte de la sociedad a favor de la abolición de la esclavitud cuyo presidente era el duque de Broglie. En aquel momento, los ingleses ya habían emancipado a los esclavos en sus colonias tropicales, por lo que Francia se plantea abolir la esclavitud en sus propias colonias, llamadas «las tres islas del azúcar», es decir, Martinica, Guadalupe y Bourbon, y en la modesta Guyana. El año anterior se había producido un intento de abolición que había logrado reunir a muchos partidarios de la emancipación paulatina de los esclavos,

pero fracasó debido a la disolución de la Cámara. Ahora es el turno de Tocqueville, ponente de la nueva comisión. Se decide la emancipación inmediata y simultánea de todos los esclavos: la transición no estaría controlada por los antiguos dueños, sino por el Estado. Esta solución, propuesta por Tocqueville, pretendía impedir los ajustes de cuentas violentos y sanguinarios entre antiguos dueños y esclavos ocurridos en América que tanto le habían impresionado.

El año siguiente, Tocqueville se ocupa de otro de sus temas predilectos, la reforma de las cárceles. También en este caso es nombrado ponente de la comisión. Resulta de ello un proyecto que reorganiza totalmente el sistema carcelario y, en consecuencia, prevé asimismo la reconstrucción de las cárceles, puesto que el método elegido es el del aislamiento de noche y de día, acompañado por una reducción de las penas. De todos modos, esta reforma no se concretará en una ley.

En 1842, Tocqueville sale nuevamente elegido, a pesar de las acusaciones de carlismo dirigidas contra él. Por otro lado, cuenta con el apoyo tanto de los intelectuales como de los campesinos acomodados, y el hecho de ser un académico, además del éxito que obtuvo con la *Democracia*, es obvio que contribuye a alimentar su prestigio.

En cuanto a la política exterior, se sigue concentrando en Argelia, cuya ocupación apoya. Para conocer mejor la situación, como es habitual en él, realiza dos viajes: el primero con su habitual compañero de aventuras y amigo Beaumont y su hermano Hippolyte, y el segundo con su mujer.

Los principales métodos que emplea en sus viajes, sobre todo en el primero, son la observación y las entrevistas, como había hecho en América y en Inglaterra. Interroga sobre todo a marineros y oficiales para entender la necesidad de una ocupación militar en lugar de crear una administración fruto de una elección en los territorios pacificados. A su regreso preside una comisión sobre este tema, que, sin embargo, no obtiene los resultados esperados.

Teniendo en cuenta la situación internacional, en especial la crisis de 1840, también empieza a interesarse por la cuestión india y proyecta la redacción de un libro sobre este tema, que, sin embargo, no llevará a cabo.

Otro aspecto que resulta interesante de esta parte de su carrera política es su empeño respecto a la libertad de enseñanza. El problema de la educación primaria se había resuelto con la ley de Guizot en 1833.

Así pues, ahora se trata de regular la educación secundaria que forma a las clases censitarias que constituyen el ordenamiento jurídico. A pesar de que ya en la época de Napoleón se estableció el monopolio de la universidad, conviven con ella institutos y colegios privados.

Para acceder a la universidad, sin embargo, era obligatorio haber estudiado los dos años anteriores en institutos dependientes directamente de aquella. El problema que se plantea ahora es el del conflicto entre la universidad y la Iglesia,[26] particularmente en la enseñanza de la filosofía, pero también por la actitud antirreligiosa de la que la Iglesia acusa a la universidad. Para Tocqueville, todo ello es la ocasión para una reflexión acerca de la disputa entre siglo e Iglesia.

> Escuchad a los partidos. ¿Acaso no es verdad que unos no hacen más que reclamar la libertad de enseñanza? ¿Acaso sus palabras no llegan a atacar la misma libertad de pensamiento, el principio mismo de la educación laica, en Francia, que es su garantía?
>
> Escuchad a los otros y veréis que ya no sólo se limitan a hablar de la universidad o de sus reglas, sino que atacan a la propia religión, los principios generales, las reglas generales en las que se apoya.
>
> ¿Qué es esto, señores? Yo se lo diré: no es más que la guerra, la vieja guerra felizmente interrumpida por diez años, que recomienza en todos los puntos, que se amplía, si puedo decirlo, por toda la línea que ocupaba durante un tiempo.[27]

Y asimismo en otro artículo publicado unos meses más tarde:

> Por nuestra parte, nunca hemos renunciado a ver la Iglesia y la nueva sociedad acercarse la una a la otra. Lo esperamos y sobre todo lo deseamos con ardor. Nos parecía que ambas deberían aprovechar, en esa unión, las fuerzas de las que estaban desposeídas.[28]

Estos son los temas y las posturas que se tratan en *La democracia en América*, donde la religión se presenta como una fuerza moral independiente del Estado, pero que al mismo tiempo resulta indispensable en la democracia para el «espíritu» de sus ciudadanos: de otro modo sólo existiría el escepticismo, factor de decadencia de todas las civilizaciones, que conduce inevitablemente a la tiranía porque, dice Tocqueville, si el pueblo no halla la autoridad moral en la religión, serán necesarios soldados y cárceles. De todos modos, no hay que leer en sus opiniones sólo un apoyo a la enseñanza religiosa, y, en consecuencia, a la Iglesia. No debe olvidarse que la cuestión

hacía referencia a la libertad de enseñanza y, por lo tanto, la posibilidad de contar con formaciones de tipos distintos. De cualquier manera, el informe que presentó Thiers para proponer la libertad de enseñanza, aunque con una gran cantidad de restricciones, nunca se llegó a debatir en la Cámara.

A pesar de que su actividad política prosigue, como se ha visto, los esfuerzos de Tocqueville son a menudo vanos; así, cree que podrá ejercer una influencia mayor si asume el control de un órgano de prensa, también porque espera reunir a su alrededor a un cierto número de neodiputados que comparten una moral política más rigurosa.

En este momento, su objetivo consiste en cambiar no tanto las instituciones en sí mismas, sino más bien el espíritu que las configura. La oportunidad para su proyecto editorial se presenta en marzo de 1844, cuando se difunde la noticia de que el *Commerce*, periódico de tendencias radicales centrado en noticias referentes al mundo de la industria y del comercio, iba a ceder su gestión. Al enterarse, Tocqueville se asocia con otros para crear una empresa que asuma la administración del periódico, aunque sin ocupar su dirección. A pesar de la tenacidad de Tocqueville, la iniciativa resulta ser más complicada de lo previsto y dura tan sólo un año.

Al mismo tiempo, se le presentan otras oportunidades, pues es reelegido en las elecciones de 1846, que ven por un lado el avance de los conservadores y por otro la formación de una nueva izquierda. Tocqueville parece apoyar este nuevo proyecto y está de acuerdo con el programa, que se basa en los principios de libertad e igualdad en la tradición de 1789.

Todos los discursos que pronuncia en la Cámara en este período quieren subrayar la importancia de nuevas reformas sociales para ayudar al pueblo. Son tres las medidas principales que propone: reducir una parte de las tasas públicas o repartirlas de forma proporcional, poner al alcance del pueblo las instituciones que puedan permitirles vivir y enriquecerse y prestarle ayuda y asistencia en sus necesidades.

Insiste en su preocupación por el aumento de la tensión social, que, sin unas reformas adecuadas, podría desembocar en una nueva revolución. Los hechos le darán la razón: al cabo de poco tiempo, caerá la monarquía. En febrero de 1848 estalla una revuelta, se proclama la República y se instituye un gobierno provisional en la alcaldía.**[29]** Tocqueville asiste a los

acontecimientos, y los interpreta como una insurrección de los proletarios contra el derecho de propiedad en que se basa el orden social, más que como el cambio paulatino de las instituciones al que él aspira.

Lo que se cuestiona es el derecho de propiedad, y Tocqueville, aunque duda del axioma liberal de raíz lockeana según el cual la propiedad es un derecho natural del hombre, anterior a la sociedad, considera que este derecho es funcional para el mantenimiento del orden de la democracia, y que resulta insustituible en el estado de civilización de su tiempo. De todos modos, apoya al gobierno provisional, convencido de que respaldar a la parte más moderada de los republicanos puede resultar útil para aplacar la revuelta. Es elegido para el departamento de la Mancha mediante el recién proclamado sufragio universal. No obstante, la Asamblea Constituyente es invadida por el pueblo durante los famosos Días de junio, una guerra civil sanguinaria —que por un lado ve a una Asamblea procedente de una provincia no revolucionaria y por el otro una masa de obreros y desempleados— que hace trizas la revolución socialista.

París, 25 de febrero de 1848, Alphonse de Lamartine, en el centro, delante del Hôtel de Ville, incita a los revolucionarios. Pintura de Henri Félix Emmanuel Philippoteaux (1815-1884), Musée Carnavalet, París.

Naturalmente, estos acontecimientos causan un gran impacto en Tocqueville y ocupan toda la segunda parte de los *Souvenirs*, donde se ofrece un testimonio realmente valioso sobre este período histórico, aunque parcial, al tratarse de un autor contrario a la nueva revolución. En este texto juzga a los revolucionarios con bastante dureza y, más que ilustrar sus motivaciones,

describe su codicia; casi parece que los Días de junio le hayan hecho volver sobre sus pasos respecto a las reformas sociales que proponía tan sólo un año antes.

Tocqueville considera que en estos momentos el objetivo principal consiste en mantener el orden en la sociedad, y, para sorpresa de muchos, vota en contra de una serie de disposiciones: contra la limitación de la jornada laboral a diez horas, contra la supresión del impuesto sobre la sal y contra la amnistía de los condenados de junio.

También contribuye a la redacción de la nueva Constitución. Sus intervenciones en el seno de la comisión giran principalmente en torno al derecho al trabajo, la existencia de dos Cámaras y la elección por parte del pueblo del presidente de la República.

En cuanto al primer punto, que se considera particularmente importante (una conquista que los obreros esperaban), el texto presentado a la Asamblea afirma que la República debe:

> a través de una asistencia fraterna, garantizar la existencia de los ciudadanos necesitados, procurándoles un trabajo acorde con sus recursos o, donde falte la familia, prestando ayuda a quienes se ven imposibilitados para trabajar.

Una enmienda adicional de Mathieu de la Drome propone insertar esta frase: «[La República] reconoce el derecho de todos los ciudadanos a la instrucción, al trabajo y a la asistencia»,[30] con lo cual decreta el deber de asistencia del Estado. Tocqueville se opone a esta enmienda con una idea más general del socialismo, puesto que, en su opinión, el reconocimiento al derecho del trabajo lleva directamente a la socialización de la sociedad.

Por lo tanto, el socialismo presenta tres características: el culto a los bienes materiales, la abolición de la propiedad privada y la supresión de la libertad individual. Desde este punto de vista, parece una traición a los principios de la Revolución de 1789, cuya continuidad debía consistir, por el contrario, en crear una sociedad democrática y cristiana.[31]

En cambio, defiende la idea de las dos Cámaras, procedente de su experiencia americana, pero esta recibe un apoyo exiguo, puesto que predomina la opinión de que este método contribuye a romper la unidad de la soberanía del pueblo.[32] También debido al fracaso de esta propuesta insiste en la elección de la presidencia por parte del pueblo, para contrarrestar la

eventual voluntad centralizadora de una asamblea única y para asegurar, así, la autonomía del poder ejecutivo.

En diciembre de 1848 se celebran las elecciones para el cargo de presidente de la República: Tocqueville apoya a Louis Eugène Cavaignac, pero las gana Luis Napoleón. Tras una breve estancia en Alemania, en 1849 asume el cargo de ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno dirigido por Odilon Barrot. Cuando, pocos meses después, Luis Napoleón disuelve el gobierno, Tocqueville renunciará a su cargo a pesar de que el propio príncipe-presidente le pide que se quede.

Así pues, abandona la actividad política, en parte también porque su estado de salud empeora, y empieza a escribir los *Souvenirs*, un texto en el que refleja su experiencia política.

El golpe de Estado que Luis Bonaparte da el 2 de diciembre disuelve la Asamblea y provoca su detención junto con otros diputados. Tras esta experiencia, se retira a su castillo para dedicarse a un nuevo gran proyecto: *El Antiguo Régimen y la Revolución*, obra que veremos con mayor profundidad más adelante. Después de publicar este texto, su enfermedad, que ha resultado ser tuberculosis, empieza a agravarse. En 1858 se traslada con su esposa a Cannes para disfrutar de un clima más templado. A pesar de ello, su situación no mejora y finalmente fallece en abril de 1859.

La democracia en América

1 de enero de 1819. La Comisión de los Cinco deposita la Declaración de Independencia de Estados Unidos de América. En el centro, de pie desde la izquierda: John Adams, Roger Sherman, Robert Livingston, Thomas Jefferson y Benjamin Franklin. Cuadro de John Trumbull (1756-1843).

Al narrar la vida de Tocqueville, hemos hablado inevitablemente de sus numerosos viajes, y sobre todo hemos descrito de forma detallada el que efectuó a Estados Unidos con su amigo Beaumont, y hemos anticipado asimismo los contenidos de su obra. Pero también hemos podido apreciar hasta qué punto se trata de una obra vasta e imponente. Así pues, tras haber conocido su origen, procederemos con la descripción de su estructura y sus contenidos, y luego examinaremos en detalle los conceptos más relevantes.

El viaje había suscitado en Tocqueville y Beaumont la idea de escribir una gran obra acerca de América, de la que hasta entonces se sabía muy poco, y por lo que revela la correspondencia parece que se había planteado como un trabajo en común (aunque a Beaumont le interesaba más bien el aspecto de la

raza y a Tocqueville, las normas de funcionamiento de la sociedad política americana); así pues, la cubierta de la primera edición de la obra anunciaba un libro de los mismos autores sobre las *Institutions et les mœurs en Amérique.* **[33]** En cuanto a la distribución de los contenidos, Beaumont debió ocuparse de la descripción de las costumbres, mientras que a Tocqueville le correspondieron el análisis de las instituciones y la reunión de todos los aspectos descritos bajo un único principio fundamental. En realidad, los distintos intereses de ambos dieron lugar a dos obras posteriores: para el primero, la publicación de *Marie*, a la que ya hemos hecho referencia, y para el segundo, *La democracia en América*.

En septiembre de 1833, Tocqueville se pone manos a la obra en casa de sus padres en la calle Verneuil de París. En el desván, aislado de la vida familiar y mundana, completa la redacción de la obra en menos de un año, que publicará el editor Gosselin en enero de 1835.

El libro, sin duda, es fruto de los apuntes que tomó durante su viaje a América, pero también de diferentes estudios y lecturas en los que le ayudan dos asistentes: Theodore Sedgwick, a quien conoció durante el viaje, y Francis Lippitt. El primero realiza para Tocqueville el extracto de varias obras y las discute con él, mientras que el segundo le resulta útil para el estudio de las leyes americanas, pues se encarga de resumir en francés tratados y publicaciones.

Como declara el propio autor, son lecturas fundamentales «los tres comentarios más apreciados: el *Fédéraliste*, obra publicada por los tres principales redactores de la Constitución federal, los *Commentaires* de Kent y los del juez Story».**[34]** Estas fuentes quizá tienen el defecto de dar una versión conservadora de la democracia americana, que no queda compensada por una fuente secundaria como los *Mélanges politiques et philosophiques extraits des Mémoires et de la correspondance de Thomas Jefferson* publicados en 1833 por Conseil.

En cuanto a su acogida por parte de sus coetáneos, podría decirse que fue el libro del año. Inicialmente se imprimieron muy pocas copias (se habla de quinientas o setecientas), pero se realizaron varias ediciones, de modo que la completa de 1840 es la octava.

Muy apreciado por la crítica, Tocqueville se gana la admisión, tras varias decepciones, en la Academia de Francia y un cierto acercamiento a la deseada carrera política.

Estructura y contenidos de la obra

Alexis de Tocqueville y Gustave de Beaumont (1802-1866).

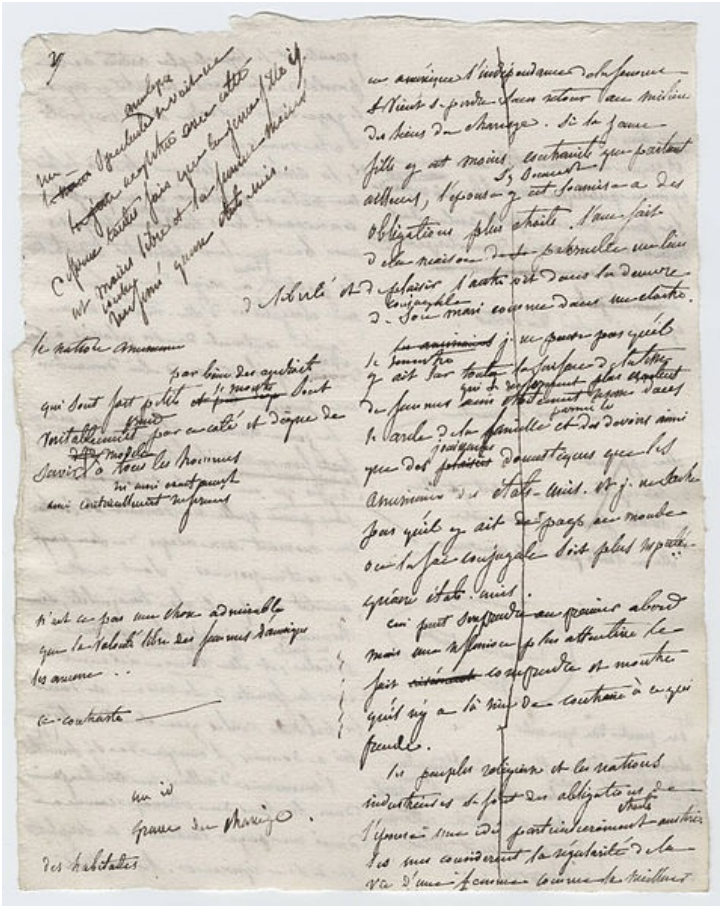
En los primeros dos volúmenes, Tocqueville aborda el análisis de la sociedad política y lo divide en dos partes: la primera trata sobre las estructuras institucionales de la sociedad democrática americana; la segunda, más compleja, examina los mecanismos de acción del poder popular, sus causas y su futuro.

Antes de abordar la descripción de las instituciones americanas, Tocqueville escribe unas palabras de introducción sobre la configuración geográfica del país. Algunas páginas recuerdan el rigor de un geógrafo, mientras que otras son pintorescas descripciones de viaje. En esta introducción hace hincapié en la unidad de la nación más que en sus diferencias.

En el segundo capítulo realiza el análisis de las instituciones desde los comienzos, es decir, desde la fundación de las colonias por parte de aquellos

hombres civilizados que, abandonando la vieja Europa, «habían intentado construir la sociedad sobre cimientos nuevos».

Tocqueville describe a estos hombres como animados por un espíritu religioso y al mismo tiempo republicano: las primeras colonias (en particular Nueva Inglaterra) están constituidas por ciudades de pequeños propietarios en las que ya no existe la idea de la aristocracia y el gobierno se basa en leyes inspiradas por la Biblia, puesto que los colonos son muy puritanos. Las costumbres no siempre se corresponden con estas leyes, sino que reflejan una visión más moderada (?)[35] A pesar de que Tocqueville elogia la ausencia de la aristocracia, debemos recordar que únicamente los propietarios, aunque fueran pequeños, podían participar en las asambleas públicas.



Página del manuscrito original de *La democracia en América*, capitulo 44, página 2. Beinecke Rare Book & Manuscript Library, Yale University.

Es en este ambiente que nace el nuevo *homo democráticus*, diferente del hombre del viejo continente, aunque conserva de él algunos rasgos. Si, por una parte, está liberado de las jerarquías aristocráticas, por la otra, está sometido a la rigidez moral de su religión, que, sin embargo, es capaz de conducirlo hacia la libertad política. La participación de todos permite que la pequeña colonia se transforme en una entidad administrativa gobernada por la

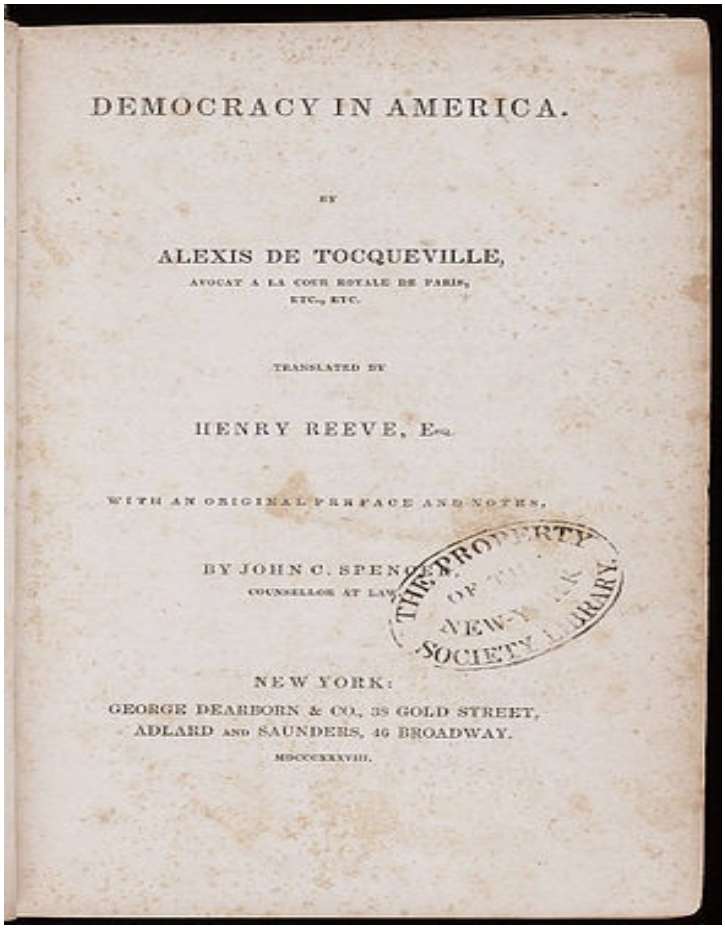
democracia directa de la asamblea de los habitantes, donde el poder ejecutivo se confía a magistrados elegidos por un breve plazo de tiempo.

Al suroeste del Hudson, la situación es diferente: allí se encuentra una sociedad formada por grandes propietarios, una aristocracia que sobrevive gracias a la mano de obra servil y en la que no existe ningún espíritu de participación. De esta clase surgen los protagonistas de la revolución por la independencia, pero son las colonias de Nueva Inglaterra las que tienen más peso a la hora de elaborar los proyectos de independencia de la Corona y las primeras en formar la democracia americana, con las características de la que muchos definen como una sociedad natural primigenia en forma de municipio. La comparación con la nueva sociedad administrativa francesa no podía ser más clara, sobre todo porque el sistema americano lleva a la descentralización administrativa. La ausencia de un poder central evidente sorprende a los dos jóvenes amigos durante su viaje, es decir, la ausencia de funcionarios que encarnen ese poder en concreto. Es ahí donde empieza la reflexión acerca de un problema que resulta central en buena parte de la obra de Tocqueville: el de la centralización.

Si, por un lado, la descentralización administrativa puede causar una falta de uniformidad y poca eficiencia, por otro, la centralización lleva a los ciudadanos a una escasa participación y a intentar resolver por sí mismos sus propios problemas: no por casualidad Tocqueville considera la centralización como una de las formas de la tiranía.

Así, más allá de sus defectos, la descentralización logra tender un puente entre la vida pública y el libre albedrío del ciudadano. Si bien en América deriva de un proceso natural, importarla a Europa podía resultar difícil, ya que supondría la modificación de las leyes tradicionales y, sobre todo, requeriría trabajar para cambiar la opinión pública.

Sin embargo, Tocqueville subraya que una descentralización administrativa no conlleva necesariamente una descentralización gubernativa. Para mediar en ello está el Estado federal, que permite, por un lado, administrar pequeñas repúblicas y, por el otro, ejercer un robusto poder estatal; se trata de una situación específicamente americana.



DEMOCRACY IN AMERICA.

BY

ALEXIS DE TOCQUEVILLE,

AVOCAT A LA COUR ROYALE DE PARIS,
ETC., ETC.

TRANSLATED BY

HENRY REEVE, Esq.

WITH AN ORIGINAL PREFACE AND NOTES,

BY JOHN C. SPENCER,

COUNSELLOR AT LAW.

THIS PROPERTY OF NEW-YORK SOCIETY LIBRARY

NEW YORK:

GEORGE DEARBORN & CO., 38 GOLD STREET,
ADLARD AND SAUNDERS, 46 BROADWAY.

MDCCCXXXVIII.

Cubierta de la primera edición americana de *La democracia en América* (1838). El prefacio fue escrito por John C. Spencer, exsecretario del Tesoro de Estados Unidos.

La primera parte de la obra tiene como protagonistas las instituciones, las formas actuales de la sociedad política. En la base de este análisis se halla el espíritu característico de estas leyes en relación con el principio de la soberanía del pueblo. De todos modos, la soberanía del pueblo tiene una vertiente arriesgada: las pasiones colectivas que lo animan pueden poner en peligro la República.

Así pues, las preguntas que se plantean aquí son: ¿van a poder gobernarse libremente las sociedades democráticas del futuro? ¿Qué lección podemos extraer de lo que sucede en Estados Unidos? Este poder popular se canaliza a través de los partidos, la prensa y las asociaciones. En cuanto a la primera vía, la opinión de Tocqueville está hasta cierto punto influida por su experiencia personal en Francia: no está vinculado a ningún partido, no los ve con buenos ojos y, sobre todo, tras la situación que ha vivido en 1830, considera a los partidos como «un mal inherente a los gobiernos libres».**[36]**

De todos modos, la situación que encuentra en América es radicalmente diferente a aquella a la que está acostumbrado. Allí no se otorga a los partidos la misma importancia que en Francia, sino que son más bien los candidatos

los que se diferencian unos de otros. Pero no siempre ha sido así: tras la Guerra de la Independencia, los partidos desempeñaron un papel fundamental para dar forma a los principios de la Constitución. Por un lado, los federalistas y, por el otro, los republicanos, que después prevalecieron con la elección del presidente Thomas Jefferson.

También el segundo canal, la prensa, difiere en cierto modo respecto al viejo continente. En Francia ya no se aplica la censura (en particular debido al uso impropio que se hizo de ella durante la Restauración), pero constantemente se promueven causas contra los periódicos considerados subversivos. Sin embargo, los diarios siguen teniendo un gran poder e incluso parecen una amenaza para el gobierno establecido después de la Revolución de julio. En América, la vehemencia de la prensa es parecida a la francesa, pero nadie se queja de ello. Se otorga una gran importancia a los anuncios, y por primera vez Tocqueville puede admirar la potencia de una campaña en la prensa que actúa sobre la opinión pública. Por otro lado, existe un gran número de periódicos, de modo que la libertad de prensa, y de opinión, no está en peligro. Por ello llega a la conclusión de que no sirve de nada reprimir los periódicos subversivos, pues:

> Al principio sometíais a los escritores a los jurados, pero los jurados absuelven y lo que era la opinión de un solo hombre se convierte en la opinión del país. Así que habéis hecho demasiado y demasiado poco: aún hay camino por recorrer. Entregaréis a los autores a los jurados permanentes, pero los jueces están obligados a escuchar antes de condenar; lo que se ha tenido miedo de admitir en el libro se proclama impunemente en el alegato. Lo que se decía de forma oscura en un relato queda repetido en mil más […]. Vuestros tribunales arrestan al cuerpo, pero el alma les rehúye y se les desliza sutilmente de las manos.[37]

La tercera vía es aquella donde la opinión pública se formaliza y se convierte en asociación. Lo que analiza es la asociación en su relación con la esfera política, sobre la que ejerce una gran influencia. De todos modos, la decisión final siempre recae en el voto de los ciudadanos, puesto que, a diferencia de las sociedades secretas europeas, tales asociaciones actúan con transparencia y ello, según Tocqueville, les facilita un buen sistema. En resumen, estas son las herramientas con las que se «forma» la democracia.

Tocqueville aborda ahora lo que puede considerarse como el centro de su argumentación, esto es, la identificación de los instintos, las ideas y las pasiones que mueven al pueblo.

Antes de ello, sin embargo, aclara algunos puntos sobre el tema de la corrupción. Sobre todo durante el siglo anterior al suyo, era común por parte de algunos filósofos sostener que el pueblo no puede gobernarse por sí mismo, pero que es capaz de elegir a sus gobernantes. Este argumento se repite principalmente en la teoría de Rousseau, según la cual el pueblo posee de manera natural la sensatez para elegir a sus gobernantes. Tocqueville no es exactamente de la misma opinión, sobre todo tras haber visto con sus propios ojos cómo se comportan los electores americanos. Estos eligen como representantes a hombres mediocres, no mucho más listos que un elector medio, por una especie de atracción hacia las personas similares. Además, al ser la americana una sociedad que se basa en las mismas oportunidades de partida, no les gusta elegir a quien pueda alardear de grandes éxitos y pueda provocar más envidia que admiración y, por último, son muy sensibles a la adulación.

Llegamos así al instinto y a las pasiones que guían al pueblo. Tocqueville considera a la mayoría como un ser colectivo con un instinto despótico: lo que él llama la «tiranía de la mayoría». Esto lleva al pueblo a gestionar su propio poder sobre las instituciones de una forma cada vez más exclusiva, sobre todo a través de nombramientos a corto plazo y de la subordinación del poder ejecutivo al legislativo, que depende directamente del pueblo porque es este mismo el que escribe las leyes. Una segunda y fundamental característica de la tiranía de la mayoría es la imposición de su opinión por encima de la minoría, lo que influye en la instauración de las leyes que, en vez de estar fundadas en un criterio imparcial con el fin de solventar los problemas, siguen la opinión de la mayoría, sobre todo en lo que se refiere a cuestiones de raza y religión.

> Cuando un hombre o un partido, en Estados Unidos, sufren una injusticia, ¿a quién queréis que se dirijan? ¿A la opinión pública? Es la que forma la mayoría y la obedece ciegamente. ¿Al poder ejecutivo? Está nombrado por la mayoría y le sirve como instrumento pasivo. ¿A la fuerza pública? La fuerza pública no es más que la mayoría bajo las armas. ¿A los jueces? El tribunal es la mayoría revestida del derecho de pronunciar detenciones; los propios jueces, en ciertos estados, son elegidos por la mayoría. Por muy injusta o irracional que sea la medida que os afecta, lo único que puede hacerse es someterse a ella.**[38]**

Por lo tanto, si, por una parte, la democracia es el camino hacia la igualdad, por la otra, conlleva problemas nuevos y también nuevas formas de despotismo. Pero la cuestión es aún más compleja, porque si bien la mayoría tiende al despotismo, tiende asimismo a la búsqueda de herramientas para mantener la libertad. En este sentido, los juristas desempeñan un papel de

gran relevancia, ya que forman una especie de aristocracia, una clase respetada por la nación. Aún más importante es el rol que ejerce la religión, sobre todo la católica, que Tocqueville, en este sentido, considera más eficaz que la protestante. Los dogmas de la Iglesia ayudan al ciudadano a mantener un comportamiento estable. En términos más generales, el cristianismo enseña al ciudadano que es un deber de conciencia actuar en interés de la comunidad, de la sociedad; se crea una sincronía entre la opción política y la opción moral cristiana que se manifiesta en la búsqueda de los principios de libertad e igualdad.

En la primera parte de la *Democracia,* Tocqueville parece expresar una opinión positiva acerca de cómo funcionan las cosas en Estados Unidos. El capítulo que añade a continuación, «De l'avenir des trois races aux Etats-Unis», aborda el análisis de una parte de la sociedad que hasta aquel momento había sido descuidada, esto es, los nativos americanos y los afroamericanos. Los primeros, aunque suscitan la compasión del autor, se consideran ya perdidos desde el punto de vista moral y físico. La esclavitud, como ya hemos visto, es un tema que interesa mucho a Tocqueville. O, mejor dicho, la cuestión de la raza, puesto que, según Tocqueville, a estas alturas la emancipación de un esclavo en Estados Unidos no resolvería el problema: la cuestión no es, pues, la emancipación, sino el racismo. Aunque un negro ya no sea un esclavo, forma parte, sin embargo, de una minoría despreciada, y sus relaciones con los blancos son difíciles. En cualquier caso, la solución aún no puede vislumbrarse: se descarta tanto el regreso a su tierra de origen como la creación de un Estado *ad hoc*. Mientras tanto, no obstante, la tensión entre ambas razas sigue aumentando, e incluso podemos decir sin miedo a equivocarnos que la situación ni siquiera se ha resuelto hoy en día.

En resumen, esta primera parte intenta ser un retrato exhaustivo de América, a pesar de alguna que otra laguna: algunos echan en cara a Tocqueville que no haya descrito el fortalecimiento del poder presidencial, ni los primeros movimientos socialistas y el nacimiento y crecimiento de los sindicatos a partir de 1825. De todos modos, el análisis de una democracia recién nacida, que precisamente por ello tiene perspectivas diferentes y puede permitirse errores que en Europa ya no son admisibles, resulta eficaz: se trata de un recorrido en transformación, no un mero elogio incondicional de las instituciones americanas, sino de un punto de partida para entender la democracia en general y la situación de Francia en particular.

La segunda *Democracia* nace cinco años después que la primera, en 1840. También en esta segunda obra el análisis de los usos y costumbres de la sociedad americana ocupa una parte fundamental y sirve como punto de partida para un discurso más amplio acerca de las sociedades democráticas. En el centro de la obra está el hombre nuevo de la sociedad democrática, la descripción de sus acciones y de las razones que las motivan, sus relaciones en la sociedad.[39] Como punto de intersección entre ambas democracias, el *homo democraticus* debe enfrentarse a opciones morales y políticas, así como al progreso de la sociedad. Acompañan la descripción de ese nuevo hombre el análisis de la nueva sociedad, sus problemas (sus «enfermedades») y las propuestas de eventuales remedios. La Providencia sigue constituyendo el telón de fondo de todo ello, o aquel movimiento que inevitablemente ha de conducir a la civilización hacia la igualdad.

Hasta ahora, las sociedades han estado caracterizadas por la desigualdad, la aristocracia, el privilegio. Estas sociedades, sobre todo en Francia, se cimientan sobre la idea de jerarquía y de estabilidad, que suponen, por un lado, la obediencia del inferior al superior y, por el otro, el deber de protección. Estas relaciones están reguladas más por la tradición que por la fuerza, al menos en la descripción de Tocqueville (en concreto en el capítulo dedicado a la relación entre el siervo y el patrón), que quizá deja entrever algo de nostalgia en relación con las raíces aristocráticas.

Por otro lado, esta división en castas no llevaba hacia la igualdad, sino hacia la crueldad y lo inhumano. El recorrido hacia la igualdad es, por lo tanto, necesario, pero no se trata de determinismo histórico o *à la Comte*, ni de un proceso dialéctico provocado por los movimientos sociales, sino del hombre que ejerce su propio libre albedrío, aunque sea en el seno de un recorrido trazado por la Providencia. Lo que debe situarse en el centro de este proceso es la razón del hombre, una razón que en condiciones de igualdad otorga el mismo valor a la opinión y al juicio de todo el mundo. De todos modos, estos juicios son superficiales, y un hombre no puede tener una opinión racional acerca de todo: por ello a menudo se hace caso a la opinión de la mayoría. Así, vuelve sobre el problema de la tiranía de la mayoría descrito en la primera *Democracia* y la religión como timón de las ideas generales.

Según Tocqueville, el progreso intelectual de Estados Unidos, y de una sociedad en general, puede medirse a través de las ciencias, el arte y la

literatura. Por lo que se refiere al primer punto, el autor observa que en América lo que más interesa es la aplicación práctica de estas ciencias más que la curiosidad científica en sí, porque:

> cuando ya no hay riquezas hereditarias, privilegios de clase, prerrogativas de nacimiento y cada uno extrae su fuerza sólo de sí mismo, se hace visible el hecho de que lo que crea la principal diferencia entre la fortuna de los hombres es la inteligencia. Todo cuanto sirve para fortificar, extender, enriquecer la inteligencia adquiere inmediatamente un gran valor.[40]

Así pues, el ambiente igualitario propicia la investigación científica más que la aristocracia, pero este impulso debe ser cultivado.

Por lo que se refiere al segundo punto, el arte,[41] Tocqueville vuelve a hacer una comparación entre la sociedad aristocrática y la democrática. En la primera, el artista trabaja para una clientela restringida que puede permitírselo. En cambio, en una sociedad democrática, el arte se dirige a todo el mundo, y por ello el artista debe reducir los costes de sus producciones para aumentar su cantidad. En el ámbito arquitectónico, los grandes palacios se convierten en construcciones en que el mármol se transforma en las columnas de madera pintadas de blanco de los porches americanos. En el arte visual, las grandes telas se convierten en pequeños cuadros y el idealismo deja su lugar al realismo de los cuerpos pintados. A esta tendencia se intenta contraponer la edificación de grandes palacios y monumentos públicos, como el del Capitolio.

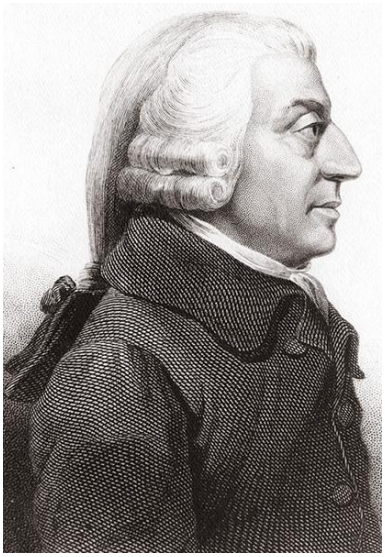
Por último, reflexiona sobre la literatura. En este caso, resulta muy difícil hablar de una literatura americana, dado que esta depende en gran medida de la inglesa. Tocqueville identifica una novedad en la elocuencia, en el teatro, en el nacimiento de una nueva literatura industrial, pero sobre todo en la poesía. En esta última se produce una verdadera evolución: una vez abandonada la atención aristocrática hacia la forma y el estilo, lo que cuenta ahora en la poesía democrática es sorprender al público. También los temas han cambiado, la épica y la mitología dan paso a una reflexión más íntima sobre la naturaleza, el hombre y sus pasiones.[42] Podría incluso decirse que la literatura aristocrática para Tocqueville corresponde al clasicismo y la democrática al romanticismo, cuya contraposición ya era un tema importante en los salones del Imperio y de la Restauración.

La segunda parte de la *Democracia* de 1840 trata más directamente acerca de los sentimientos y las pasiones, y está vinculada en cierto modo con la

cuarta, que es una introducción a la vida política.

La tercera parte, en cambio, consiste en una sociología de la vida de relaciones en una sociedad democrática de diferentes tipos: familiares, económicas entre propietarios y campesinos, entre empresarios y obreros, entre siervo y patrón.

La libertad de las chicas americanas



Adam Smith.

Actualmente, puede hacernos reír que se hable de igualdad de género para referirse a la situación del siglo XIX, pero para los dos jóvenes viajeros la diferencia con Francia resulta asombrosa.

La mujer en América se levanta a las siete de la mañana vestida para afrontar el día, puede ir sola por la calle, hablar con conocidos sin provocar escándalo e incluso hablar con los chicos en el salón paterno.

El matrimonio no se produce por conveniencia social, sino según la voluntad de las personas; sin embargo, tras el matrimonio, en la mayoría de los casos, la mujer queda relegada a la vida doméstica.

Tocqueville admira la libertad de las chicas americanas, que, antes de casarse, gozan de una cierta independencia, pero también elogia su capacidad de cambiar de actitud con el matrimonio.

Aunque elijan de forma más consciente este camino, una vez casadas se convierten en perfectas amas de casa y desempeñan esa función con eficiencia, saben muy bien que su campo de acción es el doméstico, en el que, sin embargo, el hombre es el jefe natural, y no invaden la esfera pública que, por supuesto, es incumbencia del hombre. En este análisis, Tocqueville está completamente de acuerdo con sus contemporáneos y con otros pensadores liberales. Los representantes de la tradición liberal consideran a la mujer inadecuada para cultivar virtudes públicas y civiles, incapacitada para participar en la colectividad y la sociedad. Por ello, la excluyen de los derechos políticos y sociales a pesar de que hablen de igualdad.

Citemos brevemente a Adam Smith, que establece una distinción entre generosidad y humanidad, y considera que la mujer está dotada de esta última, pero no de la primera. Así, su humanidad la hace apropiada para la esfera privada, mientras que no es capaz de ser generosa en la esfera pública.

De todos modos, Tocqueville, como conclusión a sus páginas dedicadas a este tema considera que también para las chicas es necesaria una educación democrática que defienda a la mujer de los peligros con que la rodean las instituciones y las costumbres democráticas.[43]

Mary Wollstonecraft parece dar una respuesta —si bien no directa, pues escribe en 1792— totalmente diferente a la cuestión. Treinta años después del *Emile* de Rousseau,

aparece quizá la primera obra sistemática en referencia al feminismo, que dice:

> para lograr el contrato social justo, con el objetivo de defender los principios iluminados que por sí mismos pueden mejorar el destino del hombre, a las mujeres se les debe conceder el fundar su propia virtud en el conocimiento, algo poco posible si no están educadas con los mismos criterios y objetivos que los hombres.[44]

Así pues, la inferioridad de la mujer, que se daba por descontada en la época, no se debe a una condición natural, sino que es imputable a una sociedad gobernada por varones que la excluye de una educación igualitaria y, por lo tanto, de la participación en la vida política.

Esta es una de las primeras peticiones de igualdad que haga a las mujeres «criaturas racionales» y «ciudadanas libres» para que puedan convertirse en «buenas esposas y buenas madres».

En cuanto al primer tipo de relación, el que corresponde al seno de la familia, el espíritu democrático pone en tela de juicio la subordinación del hijo al padre, que a menudo se basa en el miedo y el respeto. De hecho, los hijos, en cuanto son mayores de edad, rompen ese vínculo. Al contrario de lo que se pueda pensar, esto no es causa de confusión, sino que crea relaciones «más íntimas y más dulces», más parecidas a las que conocemos hoy en nuestra sociedad y que en la práctica se traducen, por ejemplo, en la eliminación de los privilegios patrimoniales para los hijos mayores respecto a los hijos menores. Es en ese contexto que Tocqueville admira también la libertad de las chicas americanas.

Más allá de los vínculos familiares, también el resto de las relaciones humanas se basan más en afinidades y afecto, a diferencia de lo que sucede en el mundo aristocrático, y ello permite la movilidad social. En la sociedad democrática, todo el mundo cuenta en potencia con las mismas oportunidades, y además todos se encuentran en una condición bastante similar. Esta igualación crea, según Tocqueville, una sociedad «cómoda y monótona» que evita los cambios y las revoluciones gracias al hecho de que no existen grandes diferencias entre las clases, y por lo tanto la tensión queda reducida.

La clase media, que representa a la mayor parte del país, teme alteraciones y revoluciones que podrían poner en peligro su condición. Por lo tanto, al *homo democraticus* le importa mucho el mantenimiento del *statu quo*, el mantenimiento de la igualdad, pero ante todo le importa mucho él mismo: de hecho, es en este tipo de sociedad que se genera el individualismo. También

aspira a objetivos diferentes, sobre todo al bienestar material: dado que todos pueden alcanzarlo, se convierte en el objetivo de la vida de muchos. En esta sociedad, la igualdad nunca está plenamente realizada porque existen obstáculos como las diferentes circunstancias y los distintos dones naturales. Eso provoca rivalidad entre los hombres y afán de éxito: paradójicamente, para alcanzar el bienestar material deben afrontarse grandes privaciones.

En el último libro, Tocqueville aborda dos peligros más que detecta en la sociedad democrática: el nacimiento de una aristocracia vinculada a la gran industria y la presencia del ejército. Aunque en la *Democracia* habla de la igualación entre las clases sociales y pone de manifiesto que de ese proceso sacan beneficio sobre todo los obreros y los campesinos, el viaje que realiza a Inglaterra entre la publicación de la primera y de la segunda *Democracia* le muestra la otra cara de la moneda. La visita a las industrias manufactureras de Manchester le dio a conocer una masa de obreros muy distantes de su patrón, debido al desarrollo de la industria en detrimento de la agricultura. La producción en serie y el trabajo dividido, por una parte, despojan al obrero de cualquier pasión y, por la otra, permiten que el patrón gane más; de este modo se crea una gran distancia entre el uno y el otro y se genera un vínculo de tipo aristocrático, si bien distinto del clásico.

Aunque los grandes industriales no representan una clase estable, una casta, para el obrero su papel termina con el horario laboral, no invade la vida privada y la sociedad: los jefes son tales sólo en el ámbito de la fábrica, con un espacio y un tiempo delimitados. A diferencia de lo que había hecho en su escrito *Mémoires sur le paupérisme*, Tocqueville no ve en las asociaciones de trabajadores un remedio a ese problema, que considera una seria amenaza para la democracia.

El segundo peligro que hemos mencionado es el ejército. Mientras que en la sociedad aristocrática los roles y los grados en el ejército correspondían a los de la sociedad civil, en la sociedad democrática, por motivos obvios, no puede ser así. Los soldados, los oficiales, son en su mayoría proletarios que hallan en el ejército una posibilidad de carrera, pero ¿cómo puede progresarse en esa carrera? Sólo a través de los éxitos en batalla. Lo que inquieta a Tocqueville es que el ejército arrastre a las naciones hacia guerras inútiles que limitan la libertad de los ciudadanos sólo para alcanzar ese objetivo.

Otro peligro que entraña esta institución y no debe descuidarse es la posibilidad de que el ejército se rebele. La solución, una vez más, radica en la educación de esos soldados, intentando infundirles un cierto sentido cívico.

Por último, la enfermedad más grave:

> La igualdad produce […] dos tendencias: una lleva a los hombres directamente a la independencia y puede empujarles hasta la anarquía, la otra les lleva hacia un camino más largo, más oculto y más seguro, hacia la servidumbre.[45]

Por lo que se refiere a la anarquía, Tocqueville sostiene que no es una amenaza que haya que temer; lo que hay que temer es ante todo el miedo a esa amenaza, que a veces nos lleva a preferir el autoritarismo desde la creencia de que se trata de un mal menor. En parte es con ese objetivo que escribió la segunda *Democracia*, para mostrar que el despotismo es una amenaza mucho más grave, que deriva de la centralización presente en la sociedad igualitaria. En *Le Journal des Débats* apareció una crítica firmada por Sancy que sin duda malinterpretaba la obra; en una carta, nunca enviada, Tocqueville le responde:

> Había observado que, en nuestros días, el nuevo estado social que había producido y que sigue produciendo cosas bastante buenas daba nacimiento, sin embargo, a un cierto número de tendencias especialmente peligrosas. Estos gérmenes, abandonados a su libre crecimiento, me parecía que debían producir la disminución indefinida de la inteligencia, el materialismo de las costumbres, y por último la esclavitud universal. […] Mi objetivo, al escribir el libro, es hacer evidentes estas tendencias peligrosas que se abren bajo los pies de nuestros contemporáneos, no para demostrar que hay que rechazarlas en un estado social aristocrático […] sino para temerlas, pintándolas con vivos colores y obteniendo así el esfuerzo interior y de voluntad que sólo puede combatirlas, enseñar a la democracia a conocerse, partiendo del hecho de gobernarse y contenerse.[46]

El individuo, ahora podemos llamarle así, ya no se enfrenta a variadas y complejas relaciones, como en el Estado aristocrático, sino que ante él sólo tiene un Estado potente y centralizado. El verdadero peligro se produce cuando las leyes igualitarias las instaura un Estado en el que no existe la idea de libertad, como había sucedido con las leyes napoleónicas. La pregunta de la segunda *Democracia*, por lo tanto, es tan básica como la de la primera: ¿cómo mantener la libertad del hombre en una sociedad igualitaria?

Soberanía del pueblo y tiranía de la mayoría

A menudo hemos hablado del pueblo y de la mayoría: ahora intentaremos ver de modo más específico a qué corresponden estos conceptos.

Partiendo de la base de que la igualdad de condiciones es la manera de vivir de la sociedad moderna y que las formas de gobierno se reducen al binomio democracia-tiranía, Tocqueville realiza otra distinción entre forma buena y forma corrupta de democracia, en que la primera es justamente la soberanía del pueblo (con una realización más complicada y menos natural en el estado social democrático), mientras que la segunda es la autocracia (más común sobre todo vista la tendencia a la centralización del poder). El concepto de soberanía del pueblo ocupa buena parte de la primera *Democracia*:

> El principio de la soberanía del pueblo domina todo el sistema político americano. Cada página de este libro dará a conocer alguna nueva aplicación de esta doctrina.[47]

La soberanía del pueblo parece estar presente en cada aspecto de la vida americana, además de ser la base sobre la que se funda toda forma de gobierno, y esto porque, como la igualdad, es un principio que acompaña al hombre en todo su recorrido histórico, pero sólo se ha puesto en práctica en las sociedades más desarrolladas. Requisitos previos de la soberanía del pueblo son, de hecho, la igualdad y la civilización de una sociedad: esta última se mide en relación con la experiencia y la educación en la vida política. La sociedad que tiene en mente Tocqueville está formada por individuos con una educación media, que es además la situación que halla en América.

La soberanía popular es el principio generador de un sistema político basado en el municipio, una institución que se sitúa entre la naturaleza y la historia y que se convierte en paradigma de la política americana y terreno fértil para la individualidad y también para una cierta concepción de la obediencia.

> En todo aquello que se refiere a los deberes recíprocos entre los ciudadanos, este se convierte en un sujeto. En todo aquello que sólo tiene relación con él, sigue siendo un patrón: es libre y sólo debe rendir cuentas de sus acciones a Dios. De ahí la máxima de que el individuo es el mejor y único juez de su interés particular, y que la sociedad sólo tiene el derecho de regular sus actos cuando se siente perjudicada en su acción, o cuando necesita su ayuda. Esta doctrina está universalmente aceptada en Estados Unidos.[48]

Para Tocqueville, sin embargo, la cuestión no es tanto la soberanía del pueblo como principio de derecho político, sino su efectividad como poder de

la mayoría. De hecho, esto último es lo que supone riesgos potenciales en democracia, entre ellos la centralización, de la que ya hemos considerado los aspectos positivos y negativos. El concepto de mayoría puede considerarse tanto desde el punto de vista numérico como desde el punto de vista sociocultural; este último describe quién se halla en la condición social más generalizada.

Tocqueville nunca precisa a cuál de las dos acepciones se refiere, parece oscilar entre ambas, aunque cuando habla de los peligros de la mayoría parece referirse a la segunda. El poder de la mayoría se basa, más que en la coerción, en lo que Tocqueville define como el *empire moral*, que se determina a través de la inteligencia y el interés.

En cuanto al interés, no se trata de un principio criticable, sobre todo si se compara con la utopía del bien común o con los intereses de clase, principal defecto de la aristocracia.

Respecto al segundo punto, el hecho de que se crea que la suma de las inteligencias de todos es preferible a la de uno solo socava la confianza del hombre en su propia autonomía intelectual y moral. Esto hace que el ciudadano confíe en la opinión de la mayoría. Asoma aquí el tema de la tiranía de la mayoría, muy extendido en la crítica liberal, pero que Tocqueville aborda de un modo distinto. En *La democracia en América*, no se refiere tanto, o únicamente, a la esfera política como a la intelectual y social.

Estas son quizá las páginas más citadas y famosas de Tocqueville, porque su vigencia es más que evidente. Pero, en aquella época, la cuestión se refiere sólo a Estados Unidos; en Francia, la situación es exactamente la opuesta: la sociedad está fragmentada y no posee opiniones comunes.

Tocqueville vincula el poder de la mayoría directamente con el principio de igualdad. El problema está causado por dos riesgos a los que lleva este principio: el primero es el de no reconocer a la minoría; el segundo, no reconocer los principios universales que la dominan. La verdadera tiranía de la mayoría se manifiesta al no dejar espacio para la disidencia. En este caso, el límite de la democracia está representado por el egoísmo de la mayoría, que a su vez se transforma en autosuficiencia, pues elimina cualquier fuerza que pueda atacarla.

Pero ¿cómo es posible que esto suceda y que ningún ciudadano se oponga? Es posible porque todos los ciudadanos, teniendo en cuenta la opinión dominante de la mayoría de sus iguales, no se sienten oprimidos al conformarse. El poder al que se someten no se concibe como externo, sino como expresión de su propio poder. Actuar contra ese poder no sería, por lo tanto, una rebelión, sino que para el ciudadano significaría aislarse, no formar parte integrante de la comunidad. Es esta parte del análisis de Tocqueville la que le ha valido, más que ninguna otra, la reputación de profeta de la sociedad contemporánea.

¿Qué es la democracia?

Para Tocqueville, la democracia no es tan sólo una de las muchas otras formas de gobierno que un Estado puede adoptar, sino una nueva condición de la vida común del hombre basada en la igualdad y que con su difusión va a caracterizar a toda una época.

Este sentimiento también se extiende entre sus contemporáneos, por ejemplo el propio Guizot, que durante un discurso pronuncia las siguientes palabras:

> aristocracia, democracia, clase media… estas palabras ya no tienen sentido. La democracia se nos aparece en la historia como una clase numerosa, reducida a una condición diferente a la de los demás ciudadanos, y que lucha contra una aristocracia o contra una tiranía para conquistar los derechos de los que carece. Este es el sentido persistente que se da a la palabra democracia. Nada parecido existe hoy en Francia […]. La sociedad francesa se parece a una gran nación en que los hombres están prácticamente en una misma condición legal […]. La clasificación de las antiguas sociedades ha desaparecido.[49]

Para los liberales de la época de la Restauración, la nueva sociedad igualitaria es el fundamento necesario del nuevo orden sociopolítico. A pesar de ello, nunca dejan de temer los riesgos naturales de degeneración: la anarquía y el despotismo que se hacen realidad en la forma de la soberanía del pueblo que Guizot define en el mismo discurso como «una dictadura terrible y pasajera ejercida por la multitud».

Así pues, vemos que las reflexiones de Tocqueville no son aisladas, sino que parten de una idea común con otros pensadores, aunque luego toman un camino diferente y proponen soluciones distintas de las del denominado

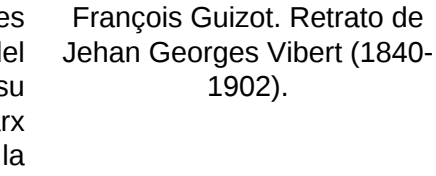
«liberalismo doctrinario», representado en estas páginas por Guizot. De hecho, este piensa que debe respetarse el principio de igualdad, que tras la Revolución de 1789 en Francia es intocable, pero que esa igualdad debe tener distinciones y que han de poder evitarse degeneraciones del sistema democrático mediante la convivencia de la democracia social con la aristocracia política. Esto significa que en la sociedad civil debe mantenerse, por un lado, la igualdad natural entre los hombres, establecida en la universalidad de los derechos civiles, y por otro, una élite política definida por méritos y por la capacidad que establece una desigualdad respecto a los demás ciudadanos. Sin embargo, esta es una desigualdad natural, que se da en cualquier forma de sociedad entre gobernantes y gobernados. El principio fundador de este sistema político sería, pues, no tanto la igualdad natural de todos los hombres, sino más bien su desigualdad efectiva.[50] En resumen, el deber de la política debería consistir en la traducción de las tendencias naturales, como la igualdad, con los medios que le parezcan más adecuados.

Si nos atenemos a este punto de vista, el poder se presenta como una especie de vidente bondadoso que interpreta las tendencias naturales y contribuye a su realización, canalizando lo que dicta la Providencia. Si la naturaleza se expresa a través de fuerzas brutas e irracionales, el poder racional es el que debe poner en forma institucional estas tendencias, el elemento coercitivo sólo representa un elemento secundario. El derecho a gobernar no debe derivar de un privilegio, sino del mérito, y no corresponde a todos. Siguiendo esta lógica, la soberanía del pueblo es tan sólo una extensión cuantitativa de este privilegio ilegítimo para gobernar.

François Guizot

François Guizot (1787-1874) fue un importante político e historiador francés. Contemporáneo de Tocqueville, se cruzó en su camino varias veces.

Inicia su carrera como profesor de historia moderna en la Sorbona (clases a las que también asiste Tocqueville), y es famoso por sus ideas liberales. Entra en política en el período de la Restauración, sobre todo durante el reinado de Luis Felipe de Orleans. En la base de su línea política existe la voluntad de mantener un equilibrio entre una democratización de la sociedad y un regreso a la revolución, ayudado por un partido conservador que logró crear.



François Guizot. Retrato de Jehan Georges Vibert (1840-1902).

A pesar de sus tendencias conservadoras liberales en política, se muestra contrario a los principios del libre cambio en economía Resulta interesante su visión de la lucha de clases, antes de que Marx hablara de ello en estos términos. Según él, la Revolución francesa se caracterizó por el enfrentamiento entre clases con intereses contrapuestos: el tercer estado contra la aristocracia y el pueblo de los obreros y los campesinos contra la burguesía que constituía el tercer estado. Aunque no es partidario del sufragio universal, lucha por la abolición de la esclavitud en las colonias y lo consigue en 1844, si bien esta no será eliminada definitivamente hasta unos años después.

Su obstinación por no modificar la ley electoral pone fin a su carrera en 1848; a partir de aquel año se dedica a su trabajo como historiador y se ocupa sobre todo de la Revolución francesa.[51]

> El principio de la soberanía del pueblo parte de la suposición de que cada hombre tiene, por derecho de nacimiento, no sólo un derecho igual a ser bien gobernado, sino también un derecho igual a gobernar a los demás. Como los gobiernos aristocráticos, ello vincula el derecho a gobernar no a la capacidad, sino al nacimiento. El gobierno aristocrático es la soberanía del pueblo en la minoría. La soberanía del pueblo es el despotismo y el privilegio aristocrático de la mayoría. En ambos casos, el principio es el mismo.[52]

Así pues, no todos pueden gobernar, sino sólo quienes tienen capacidad para ello; esto significa que no debe gobernar un grupo privilegiado, sino que, a través de la movilidad social, todos (aquellos que lo merecen) pueden potencialmente hacerlo.

La movilidad social es lo que legitima esta teoría; la aristocracia de la que habla Guizot ya no es la privilegiada del Antiguo Régimen, sino que se trata de una aristocracia esencialmente política, con una base natural, es decir, que todos tienen la posibilidad de alcanzarla si demuestran estar a la altura. Es en este contexto que debe enmarcarse la reflexión sobre la democracia de Tocqueville, sobre todo porque tradicionalmente él mismo se considera un liberal, aunque con diferencias, como se define en una carta a Eugène Stoffels, un «liberal de una especie nueva», quizá también en el intento de defenderse (la carta data de 1836, su libro se había publicado hacía un año) de una interpretación de su pensamiento demasiado filodemocrática.

Como explica De Sanctis en su investigación, las cartas escritas poco después de la publicación de *La democracia en América* pueden resultar útiles para entender qué tipo de liberalismo se atribuye a Tocqueville y también para comprender mejor el concepto de democracia, como lo describe en su obra, y por último la relación que mantiene con las ideas de sus contemporáneos y cómo estos lo definen. En cuanto a este último punto,

según en qué momento y por quién fue leído, Tocqueville era definido como el representante del último liberalismo democrático (en la línea que va de Montesquieu, Fénelon y Saint-Simon a Chateaubriand), intérprete del doctrinarismo, crítico del progresismo y del modernismo, el anti-Marx, el profeta de la era de las masas, el autor del liberalismo democrático.[53]

¿Qué es el liberalismo?

Se ha hablado bastante de liberales y liberalismo y, aunque no resulte sencillo, intentaremos dar una definición que nos ayude a situarnos cuando oigamos decir que Tocqueville es un liberal.

En lo que respecta concretamente al uso del término, su aparición se remonta al Parlamento español, donde en 1812 fue usado para distinguir el partido de los progresistas o *liberales* del de los conservadores o *serviles*. A pesar de ello, es posible afirmar que el núcleo de las ideas principales se desarrolla en Inglaterra en el siglo xvii.

Las raíces teóricas del liberalismo se pueden hallar en las doctrinas iusnaturalistas de John Locke, en David Hume y Adam Smith y en la Ilustración francesa.

El liberalismo está vinculado históricamente con el ascenso de la burguesía en la Edad Moderna En correspondencia con el establecimiento del absolutismo, como contraparte, surgió la necesidad de limitar el poder del rey y crear o mantener un espacio de libertad para el individuo. En este sentido, puede realizarse una primera definición del liberalismo como teoría de la limitación del poder político (y a continuación jurídico y económico).

En el centro de la idea de liberalismo se encuentra el individuo, que, sin embargo, es falible y no autosuficiente. Ello supone la necesidad de relacionarse con otros individuos para intercambiar bienes o información. El lugar en el que se producen estos intercambios es el mercado, que no es un lugar natural, sino inventado; por lo tanto, el hombre debe gestionarlo y establecer sus reglas. Una de estas es la competencia, la competición tanto de opiniones como de intereses. El conflicto y la tensión se perciben como naturales, incluso deseables.

Es desde este punto de vista que se define el concepto de igualdad liberal. De hecho, se distingue entre igualdad formal, que es un principio liberal, e igualdad sustancial o igualitarismo. El liberalismo tiende a iguales condiciones de partida que son garantizadas por la ley (recordemos la definición del liberalismo proporcionada por Luigi Einaudi, «anarquía de los espíritus bajo el dominio de la ley»).

En cambio, el librecambismo, término con el que a menudo se le confunde, hace referencia sólo al aspecto económico del liberalismo. Identifica una doctrina económica que prevé la desvinculación del Estado en la intervención de la economía.

En cuanto al contexto en el que se inserta este concepto, resulta útil acudir a la correspondencia. En una carta a Kergolay de enero de 1835, Tocqueville escribe:

> Y siendo iguales las condiciones, debo reconocer que ya no logro identificar algún camino intermedio entre un gobierno democrático y el gobierno de uno solo que está ejercido sin control. Ahora yo ya no deseo de ningún modo la segunda posibilidad […]. Así pues, nos queda la primera alternativa. Tampoco me gusta esta, pero la prefiero a la otra. Así, entre dos males elijo el menor[54].

En otras dos cartas dirigidas a Stoffels el mismo año, aclara aún más su visión de la democracia cuando habla del objetivo de la obra. Afirma que la ha escrito para proporcionar un cuadro detallado de la situación americana; con ello, espera que la lectura, por una parte, actúe como un freno para quien ve sólo aspectos positivos de la democracia y no tiene en cuenta sus pérdidas en términos de elevación espiritual, y, por la otra, mostrar cómo el paso del principio de igualdad social al de igualdad política debe producirse necesariamente a través de la educación de los ciudadanos.

En última instancia, intenta demostrar que la democracia es un sistema de gobierno sostenible en el que se mantienen derechos, libertades y patrimonios, pero lo que importa es entender el precio moral que se paga por ello. De todos modos, Tocqueville no se preocupa tanto por los que apoyan incondicionalmente la democracia, sino más bien por aquellos que consideran que esta ha de desembocar necesariamente en desórdenes y anarquía. Estos serían precisamente quienes lograrían frenar posibles degeneraciones de la democracia en Francia, una especie de oposición, siendo los guardianes de valores y creencias, como el amor por la justicia y las libertades, que podrían sostener una buena democracia.

Quizá es ahí donde radica la novedad más importante del liberalismo de Tocqueville: una conjunción entre tradición francesa y novedad democrática americana. El sistema político democrático entendido como igualdad de las condiciones sociales y políticas va acompañado por la tradición o la educación en valores que transmite. En caso contrario, se incurre en el despotismo.

Al fin y al cabo, Tocqueville no es el *homo democraticus* americano que él mismo describe, pues no abraza incondicionalmente esta causa, sino que considera racionalmente que la democracia es una necesidad.

El hombre democrático y el individualismo

El protagonista de la democracia es un hombre con unas características concretas que Tocqueville logra identificar y describir con eficacia. Intentemos aquí resumirlo con tres palabras clave: individualismo, racionalismo y materialismo.[55] Estas tres características, aparte de ser típicas del *homo democraticus*, están de algún modo ligadas al espíritu del mundo moderno que ha empezado a dibujarse unos siglos atrás. Y son los factores histórico-culturales los que le han llevado hacia ese camino. Por un lado, encontramos el avance del conocimiento en el ámbito científico, que cambió la idea que el hombre tenía del mundo y de la naturaleza, pero también de sí mismo, por lo que adquirió confianza en sus capacidades de sujeto analítico consciente. Por otro lado, está la religión: la Reforma también ha puesto a cada hombre en una posición diferente respecto al pasado, al situarlo directamente en contacto con la lectura y la interpretación de los textos sagrados y otorgándole un papel más importante e independiente. Todo ello, sin embargo, debe concebirse en el seno del contexto democrático; es en este caso que empieza a dibujarse el concepto de individualismo de Tocqueville. Como señala asimismo en *El Antiguo Régimen y la Revolución*, se trata de un término relativamente nuevo, ya que en la sociedad aristocrática no existía un individuo que no perteneciera a un grupo o que pudiera considerarse totalmente solo.

El proceso de la democracia conduce, en este sentido, al grado cero de la divisibilidad, crea «in-dividuos» (si observamos su etimología latina significa literalmente que no [*in-*] es divisible [*dividuu(m)*], separable), en grupos que gozan de una cierta autonomía.[56]

Pero veamos cómo describe Tocqueville sus características en la *Democracia*. Ante todo, hay que subrayar que es diferente del mero egoísmo. Este, de hecho, es:

> un amor apasionado y exagerado de uno mismo, que lleva al hombre a referirlo todo a sí mismo y a preferir a sí mismo por encima de los demás, el individualismo es un sentimiento reflexivo y tranquilo, que empuja a cada ciudadano a aislarse de la masa de sus semejantes, a apartarse con su familia y sus amigos, de modo que, tras crear una pequeña sociedad para su propio uso, abandona conscientemente la sociedad a su suerte.[57]

Esta definición va acompañada, en el capítulo dedicado a este tema, de una serie de diferencias. Más adelante, con una nueva comparación entre sociedades aristocráticas y sociedades democráticas, Tocqueville explica que, en el primer caso, la estabilidad de las familias en la misma capa social

contribuye a crear un vínculo sólido. El hombre que vive en la sociedad aristocrática se rodea de una serie de fuertes vínculos familiares (no comparables a los restringidos núcleos familiares de hoy en día), que a su vez mantienen vínculos con el territorio, sin pasar por alto la importancia de la tradición y del pasado. Ello le empuja a ocuparse de estas relaciones y de las personas que participan en ellas. Contribuye a esta situación la inmovilidad de los estatus sociales, y se crea, así, un sentimiento aún más intenso de pertenencia.

Aquí no se trata de una concepción del mundo que empujaría a los hombres a comportarse de este modo, sino más bien de la red estructural que forman los vínculos de protección-poder y de esclavitud-reconocimiento que recrea constantemente las bases materiales de una evidencia sociológica de las pertenencias.**[58]**

Estas pertenencias no tienen un mero objetivo práctico y económico, sino que cimientan toda una verdadera antropología social que establece el vínculo de pertenencia del hombre con su familia, con la comunidad (lo que, por ejemplo, podía ser el feudo) y con el patrón o el siervo, según sea el caso. En las sociedades democráticas, por el contrario, todo esto no existe y se enraíza el individualismo.

Su reflexión acerca de la sociedad aristocrática no debe interpretarse, por lo tanto, como una apología de la aristocracia o una nostalgia por los tiempos pasados, pues no le atribuye ninguna primacía moral, simplemente piensa que se trata de un sistema útil para frenar el individualismo, que considera nocivo para la sociedad.

A su vez, el análisis del individualismo no debe leerse como un juicio moral, sino como la fotografía de una situación de la que políticamente no puede obtenerse ninguna utilidad. No es simplemente que en Estados Unidos no exista el valor de la familia, sino que los vínculos tienen una utilidad menor, o diferente. El individualismo (otro aspecto que lo diferencia del egoísmo) no es incompatible con la compasión o la empatía. La igualdad que fundamenta el sistema democrático sitúa a todos los hombres en el mismo plano y permite que cada uno se integre en el otro, sin por ello establecer una relación significativa. También el trabajo contractual contribuye a ello, puesto que crea identidades, por así decirlo, «temporales»: no hay ningún motivo para ayudar a un colega fuera del horario laboral. Después del trabajo, cada

uno regresa con su familia, que se convierte en un núcleo más acogedor y amoroso, basado en relaciones sentimentales más que en acuerdos de conveniencia. Tocqueville observa, quizá con cierto cinismo, que justamente esto empuja al individuo a ser menos partícipe en la vida social y política.

Por último, se subraya el vínculo del individuo con las instituciones. Una vez disueltas todas las obligaciones que regulaban las relaciones entre las clases, en la sociedad democrática el individuo tiende a reagruparse en asociaciones y comunidades de personas afines a él, no tanto por cuestiones de ayuda mutua o de pertenencia, sino para diferenciarse de la masa dominante.[59] El sentimiento, la pasión que mueve al individuo a agruparse es la voluntad de diferenciarse de los demás, no el impulso a unirse, a la agregación. Como dice Antoine, recordando el conocido concepto de Leibniz, el individualismo encierra al hombre en una mónada:

> la mónada democrática funciona en una relación de horizontalidad y de yuxtaposición con las demás mónadas, sólo tiene ventanas abiertas en lo remoto de la especie humana o en la proximidad de la familia y de un círculo que simula la pertenencia.[60]

Se vinculan al individualismo las otras dos características que hemos enunciado al principio de este apartado: el racionalismo y el materialismo.

El primero conduce a la autonomía de la razón individual que, a su vez, lleva a la convicción de que todos pueden «razonar» acerca de algo, y esto es visto como uno de los aspectos de la libertad conquistada con la democracia. No obstante, estas reflexiones se aplican en un ámbito reducido.

En cambio, para hablar del materialismo nos basamos una vez más en la comparación con la aristocracia. En este tipo de sociedad estática, nadie debía preocuparse por la pérdida de bienes materiales: los aristócratas, por un lado, no temían su pérdida porque los bienes eran suyos por derecho y no conquistados: por el otro, el pueblo no los tenía ¡y por lo tanto no podía perderlos! Por el contrario, la democracia se basa justamente en la igualdad de posibilidades que genera la movilidad social; en este tipo de sociedad, el bienestar material se convierte en una meta a la que aspirar y al alcance de todos: es lo que ha llegado a nosotros como el «sueño americano».

De todos modos, ello genera el miedo a la pérdida del bienestar material una vez alcanzado, y es este pensamiento el que ocupa mucho tiempo en la vida del nuevo hombre democrático.

Estas características, sobre todo el individualismo y el materialismo entendido como búsqueda continua del bien material, tienen consecuencias negativas para la sociedad: la carencia de principios y la falta de vínculos que la sostienen. Las renuncias que el individuo hace en nombre de la búsqueda y del mantenimiento de los bienes materiales anulan en él cualquier otra pasión y cualquier impulso para la realización personal que no sea en el campo estrictamente material. Entonces, se pregunta Tocqueville, ¿es posible un progreso de la civilización si esta tiene en su base a un individuo con estas características?

En Estados Unidos, la opinión pública parece ofrecer una posible solución a estos problemas, puesto que da una idea común para que los individuos no estén totalmente aislados. Por otro lado, ya hemos visto cuáles son en democracia los riesgos de la opinión pública cuando se convierte en tiranía de la mayoría. Esta solución está vinculada directamente con el papel que Tocqueville atribuye a los periódicos, a los que hoy llamaríamos *mass media*:

> sólo un periódico puede inculcar al mismo tiempo en muchos cerebros un pensamiento igual […]. Los periódicos se hacen más necesarios a medida que los hombres son más iguales y el individualismo se hace más temible. Creer que estos sólo sirven para garantizar la libertad equivale a rebajar su importancia, ya que estos conservan la civilización misma […]. Un periódico no tiene sólo el efecto de sugerir a un gran número de hombres un mismo dibujo, sino que les ofrece medios de acción para ejecutar en común los dibujos que pueden concebir de modo espontáneo.[61]

Las reflexiones acerca de las características del hombre democrático, sobre todo sobre el individualismo, podrían haber sido escritas perfectamente en años más recientes, ya que se trata de reflexiones todavía vigentes y no sólo para Estados Unidos, sino para el resto de las democracias actuales. La pregunta permanece abierta: ¿todavía pueden encontrarse las soluciones en la opinión pública y en los medios de masas?

La religión en Tocqueville

En nuestro recorrido por la descripción de su obra y la narración de su vida ya hemos podido comprobar la importancia que Tocqueville otorgaba al papel de la religión para el mantenimiento de la democracia; ahora intentaremos profundizar en este tema.

La idea de religión como elemento que propicia la cohesión social no aparece por primera vez en Tocqueville. Lo que hace que su reflexión sea especial es su análisis de las creencias religiosas. En su opinión, existen dos causas que empujan al hombre a estas creencias: una de carácter antropológico y otra de carácter sociológico.[62] A partir de la primera perspectiva, la religión es la respuesta a la insatisfacción que el hombre siente para con su propia existencia, que nunca responde a sus deseos y a sus expectativas, sobre todo porque su vida debería ser infinita para satisfacerlas todas. Como nos explica Salvatore Abruzzese, de hecho, «la religión no es otra cosa que una forma concreta del deseo de satisfacción que, a su vez, es un dato constitutivo del alma».[63]

En cambio, el segundo punto de vista, el sociológico, sirve para explicar por qué los hombres eligen una religión por encima de otra. La religión, en este caso, es una interpretación del mundo que conviene al hombre y que no puede ser sustituida por análisis personales. En concreto, en la sociedad democrática —y aún más en el ejemplo americano— la religión es la que hace de timón para las costumbres y las normas morales y de freno en la consecución del bienestar para que no se convierta en una obsesión.

Pero desempeña un papel aún más importante en el mantenimiento de una visión del mundo. El concepto de igualdad en la base de la democracia no es muy distinto de las enseñanzas de la religión cristiana, sobre todo la católica, que establece las bases en el alma del hombre para que este abrace la idea de la democracia. Tocqueville escribe:

> Pienso que se equivoca quien considere a la religión católica como un enemigo natural de las democracias. Entre las diferentes doctrinas cristianas, el catolicismo me parece, por el contrario, una de las más favorables a la igualdad de las condiciones. […] Si el catolicismo prepara a los fieles para la obediencia, no les prepara para la desigualdad. Una vez que el clero queda apartado del gobierno o él mismo se aleja de él, no hay otros hombres que, debido a sus creencias, estén más predispuestos que los católicos a incorporar en el mundo político la idea de la igualdad de las condiciones.[64]

¿Pero son todos los americanos creyentes? No es esta la cuestión, sino que más bien es la condición que se crea para difundir estas ideas. En una nación en que la mayoría es católica, también los demás «fingirán» que creen o se adecuarán a los aspectos morales de tal creencia, de modo que los harán penetrar en todo el tejido social.

En la cita que acabamos de exponer debe observarse otro aspecto de gran relevancia, la separación entre Estado e Iglesia, que debería representar la normalidad en las instituciones democráticas y no la excepción a la regla. Justamente esto es lo que posibilita la difusión de los principios sin imponerlos por ley.

En la segunda *Democracia*, Tocqueville va todavía más lejos en su reflexión acerca de la religión. A partir del presupuesto de que en democracia todos los individuos pueden tener su propia opinión, también es verdad que esta, de algún modo, está subordinada a la de la mayoría, que tiene la última palabra. De hecho, no cualquier opinión puede ser susceptible de verificación y, al no existir ya el principio de autoridad porque toda opinión puede calar como cualquier otra según el principio de igualdad, y al no haber ninguna tradición a la que referirse, la opinión pública, vinculada en este caso a la religión, parece resolver el problema sustituyendo el principio de autoridad por el de «sentido común».

Lo que intenta explicar Tocqueville en la segunda *Democracia* es la contradicción entre el individuo racional, que tiende a la materialidad y al bienestar, características típicas del *homo democraticus*, y la ética colectiva de la sociedad, que, por el contrario, sigue principios religiosos.

El americano medio, a pesar de estar seis días a la semana inmerso en las preocupaciones prácticas y en la vida comercial, el domingo suspende cualquier actividad y se dedica a los asuntos religiosos y a la Biblia. Desde este punto de vista, la religión logra influir sobre la democracia y sobre la vida política justamente porque procede del exterior, del mismo modo que al hablarnos de inmortalidad actúa sobre nuestra vida moral y nuestro comportamiento.

Las religiones aportan elementos positivos en todas las sociedades, pero aún más en la democrática. Si las creencias religiosas estuvieran ausentes, al igual que si lo estuvieran los principios políticos, se crearía un estado de agitación en la sociedad; pero el hombre, por el contrario, requiere estabilidad, y si no puede encontrarla en un mundo ultraterrenal, seguro que buscará la estabilidad política en detrimento de la libertad, y tenderá hacia formas de tiranía.

La religión, además, desempeña la función de equilibrar el interés por los bienes materiales con el interés por la verdad, la belleza y la justicia. La una no excluye a la otra, se trata sólo de limitar la búsqueda del bien material para que no se pierda de vista el de la comunidad; y al revés, descuidar el bienestar material no aportaría nada al crecimiento de un pueblo. Además, la religión proporciona el sentido del futuro, fundamental para el desarrollo de un pueblo. Si en las sociedades aristocráticas esto lo dan los vínculos de familia y comunidad, en las sociedades democráticas la religión es lo que habla de inmortalidad y nos invita a actuar del mejor modo posible al ofrecer la perspectiva de una recompensa.

Esta visión de la religión refleja el espíritu del mundo moderno que desemboca en una falta de interés por los aspectos culturales y en la importancia que se atribuye al bienestar y al éxito económico; por este motivo, las religiones en las sociedades democráticas deben dedicarse menos a los ritos y más al reconocimiento de la pasión del hombre, adaptándose, por lo tanto, al sentido común. Sin embargo, hay casos —como el francés— en que, debido a la intromisión entre Iglesia y Estado, las creencias religiosas son abandonadas.

El análisis de Tocqueville sobre el sentimiento irreligioso en Francia distingue tres grupos sociales con posturas diferentes: quien ha dejado de creer pero no ha sustituido el cristianismo por otras religiones, quien tiene dudas pero se declara no creyente y quien es aún creyente pero no se atreve a decirlo.

Entre estos últimos, sin embargo, también hay quien reta al sentido común y declara su propio credo. Son hombres que se sienten aislados y son víctimas de un «efecto de posición», como diría Boudon. Dado que la independencia en Francia empezó a expresarse atacando la religión, se cree que la libertad y la independencia no son compatibles con la religión.

La cuestión de la irreligión se aborda de una forma más pormenorizada en *El Antiguo Régimen y la Revolución*, donde Tocqueville observa como, tras la revolución, el sentimiento antirreligioso se había extendido mucho, incluso de forma desmesurada, precisamente debido a la intromisión de la Iglesia en el Estado, que por lo demás es característica de aquella época. De todos modos, esto no ocurre únicamente en Francia, sino también en el resto de Europa, ¿Cuáles son las causas, entonces, que determinan la peculiar situación

francesa? En la Francia absolutista no había espacio para la divergencia de opiniones políticas y, en consecuencia, el desacuerdo se centró en la religión como representante de la cultura dominante y de las tradiciones.

Otras obras

A pesar de que *La democracia en América* es, sin duda, el texto más conocido de Tocqueville y el que le hizo célebre entre sus contemporáneos, sus demás escritos también merecen nuestra consideración. Si bien menos conocido, queremos dedicar unas palabras a su trabajo acerca del sistema penitenciario, y luego ocuparnos con mayor profundidad de su última gran obra: *El Antiguo Régimen y la Revolución*.

La investigación sobre las cárceles

El problema de las prisiones en Francia ya se había abordado unos años antes de la partida de Tocqueville hacia Estados Unidos, no sólo entre los encargados de este ámbito, sino que existía un debate extendido en la opinión pública. Recordemos, por ejemplo, las novelas realistas de Balzac, cuyos protagonistas a menudo tenían que vérselas con este mundo. En aquella época, había diferentes categorías de cárceles en Francia, pero no un verdadero sistema penitenciario. Esta desorganización hacía que criminales de distintos tipos, y con delitos de gravedad completamente diferente, compartieran los mismos espacios, y que la reincidencia fuera mayor que en otros países.

Tocqueville y Beaumont, debido a su trabajo, conocen bien esta situación. La explican con un informe al ministro del Interior y le proponen el estudio del modelo carcelario americano, un sistema eficaz que produce un índice de reincidencia que gira en torno al 4%. El objetivo que subyace a su investigación es la reforma del código penal francés.

En el momento de la redacción del informe, ambos pensadores contaban con muchos apuntes y entrevistas, sobre todo las realizadas en la cárcel de Cherry Hill de Filadelfia, sin embargo, no gozaban de una situación óptima para poder concentrarse y extraer las conclusiones de lo que habían observado. Entre la crisis económica, el cólera[65] y la inestabilidad política

que hacía presagiar una nueva revolución por parte de las sociedades secretas republicanas que se aprovechaban de los desórdenes causados por la epidemia, la situación en París, como en el resto de Francia, era insostenible. De todos modos, Tocqueville empieza a trabajar en la redacción del *Système pénitentiaire*.

Como ya se ha señalado, la cuestión ya se había abordado en Francia: unos años antes, el duque de Decazes había fundado una sociedad filantrópica que se ocupaba del estado de las cárceles, y en una serie de informes había denunciado las condiciones higiénicas inaceptables y la inconveniencia del criterio aleatorio a la hora de agrupar a los detenidos.

En aquel momento ya se había observado que el modelo americano podía ser un ejemplo que seguir para mejorar el sistema penitenciario francés. El programa de la sociedad preveía, asimismo, acciones concretas, como la introducción del trabajo o el peculio, o bien una especie de salario a cambio del trabajo realizado en el seno de la cárcel, pero estas medidas no se habían introducido oficialmente, aunque se habían aplicado de forma parcial gracias a los miembros de la sociedad filantrópica, cuya actividad, sin embargo, se debilita después de 1830.

Tocqueville y Beaumont se muestran escépticos tanto respecto a los filántropos como a Charles Lucas, inspector principal en el sistema penitenciario en aquellos años. No obstante, parecen compartir hasta cierto punto sus métodos: recuperar al criminal a través del aislamiento y el trabajo. Por otra parte, consideran que el objetivo principal de la cárcel no es la reeducación del preso, sino la función social ejemplar del castigo; de modo que tienen algo en común con las novelas de Balzac, en las que no existe la posibilidad de redención para el delincuente, una convicción que en Tocqueville puede derivar de su educación, de los ecos jansenistas.

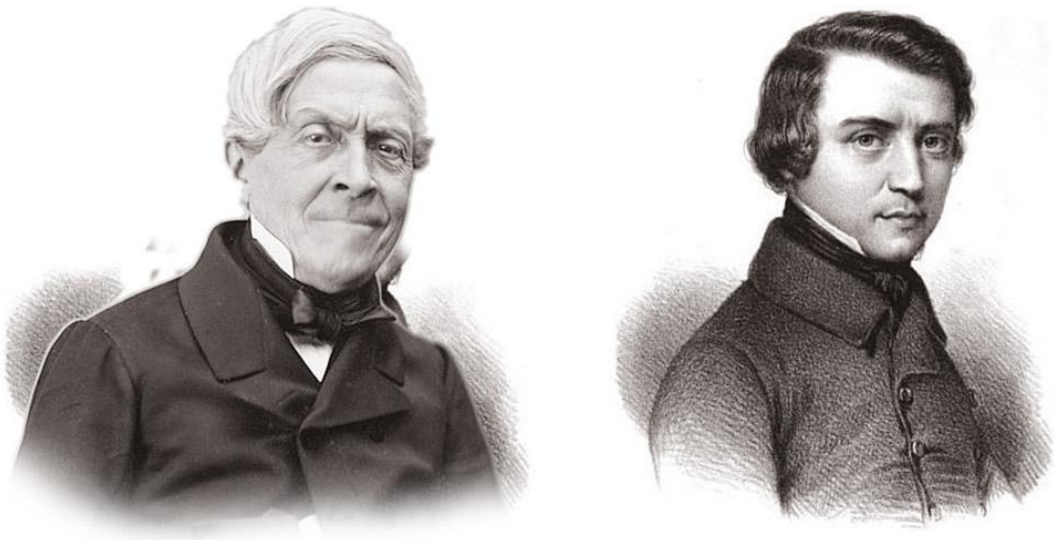
Du système pénitentiaire aux Etats-Unis et de son application en France se publica en enero de 1833. El libro se presenta como la descripción del sistema penitenciario americano, no en su totalidad (puesto que los autores habían encontrado cárceles aún peores que las francesas), sino a partir de dos ejemplos de prisiones reformadas: el sistema de Auburn, que prevé el aislamiento nocturno y el trabajo en común de día, aunque ejecutado en riguroso silencio; y el sistema de Pennsylvania, con aislamiento celular de día y noche de los detenidos, por el que ambos autores muestran una cierta

preferencia, pese a que las formas de aislamiento de este tipo pueden perjudicar al individuo tanto física como moralmente, sin tener en cuenta el hecho de que la construcción de una cárcel adecuada a esta clase de sistema supone unos costes muy elevados.

Tras la parte descriptiva de la obra, el texto prosigue con la propuesta de una reforma del sistema francés. De todos modos, el ministerio consideró que el análisis era todavía demasiado fragmentado e incompleto para ser reconocido como base sólida para una reforma. Por este motivo, se encarga otra investigación en América, esta vez al magistrado Demetz y al arquitecto Blouet.

Esto no debe llevarnos a creer que la obra no tuvo una buena acogida: al contrario, tras haber recibido el premio Montyon (que en parte cubrió los gastos del viaje), fue publicada dos veces más, en 1836 y en 1844, lo que contribuyó a la fama de los dos estudiosos, que adquirieron consideración social y posición política, a pesar de que para ambos la carrera en la magistratura había terminado.

El Antiguo Régimen y la Revolución



Izquierda: Retrato de Jules Michelet (1789-1874), por Félix Nadar (1820-1910). Dereccha: Louis Blanc (1811-1882).

Tocqueville tenía en mente esta obra desde hacía años, hasta el punto de escribir esta carta a Montalembert;

> El libro que acabo de publicar y su continuación retumban en mi cabeza desde hace más de quince años; el proyecto ha madurado y sus formas se han fijado en el transcurso de una grave enfermedad que me afectó en 1849; puedo decir que desde aquel momento pensé ininterrumpidamente en ese libro.[66]

Sin embargo, no empezó a materializar el proyecto hasta su estancia en Sorrento, que debía ayudarle a recuperarse de su enfermedad pulmonar, durante el invierno de 1850.[67] El proyecto había quedado retrasado debido a su actividad política, aunque sus cartas empezaban a expresar una cierta insatisfacción respecto al cargo de diputado de Valognes, que tanto había anhelado. La realización de la obra también quedó frenada por la redacción de los *Souvenirs*, que por otro lado nunca finalizó, y por la turbulenta situación política. Sea como fuere, el texto se publica por primera vez en París en junio de 1856. Esta publicación representa un cambio importante en la historiografía referente a la Revolución francesa, ante todo porque proporciona una nueva interpretación de aquel acontecimiento histórico, y en segundo lugar porque, una vez más, la modalidad de investigación es muy innovadora.

En las próximas páginas veremos como Tocqueville no se limitó al análisis de los hechos, sino que expuso un cuadro —novedoso para la época — del estatus social de Francia en vísperas de la revolución. No nos parece superfluo subrayar la agudeza de sus observaciones y su claridad expositiva, que ciertamente han contribuido a convertir la obra en un éxito entre sus contemporáneos y a extender su fama hasta nuestros días.

En aquella época ya se habían publicado muchas otras obras sobre el tema, que imitaban el estilo típico de la cultura historiográfica del siglo XIX. Hay que citar, entre otras, las de Alexis-François-Auguste Mignet y de Adolphe Thiers, en las que resulta evidente la tendencia liberal que habían iniciado Constant y Madame de Staël con *Les considérations sur la Révolution française*.

En cambio, el libro de Jules Michelet *Histoire de la Révolution française* era la expresión de un carácter democrático radical. Se publicó entre los años 1847 y 1853, y otorgaba especial relevancia al pueblo como protagonista de aquel hecho histórico, que describía con tintes épicos.[68] También había cosechado un gran éxito la *Histoire des girondins* de Alphonse de Lamartine.

Por último, recordemos el texto de Louis Blanc, la *Histoire de la Révolution*, que se publicó entre 1847 y 1862. En consonancia con las ideas de su autor, en esta obra el socialismo representa la evolución de la idea de fraternidad madurada durante la revolución, pero que todavía no se había aplicado.

En resumen, se había realizado un exhaustivo análisis de la revolución, así como una revalorización histórica, una vez superada la fase en que, entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, sólo se oía hablar de la revolución en términos negativos por parte de pensadores contrarrevolucionarios como el inglés Edmund Burke y el saboyano Joseph de Maistre.

La nueva visión de la revolución a menudo se acompañaba de la adhesión por parte de estos autores a las diferentes corrientes revolucionarias, sobre todo a los constitucionalistas de 1789 o a los girondinos. Desde este punto de vista, también el período del Terror de algún modo quedaba justificado para el fin último de la salvaguarda de la nación.

De todas maneras, se ha extendido la opinión de que la revolución fue fruto de la Ilustración y ciertamente un momento de cambio radical: por ello, nadie identificaba ningún signo de continuidad entre los años anteriores a la revolución y los que la siguieron, a diferencia de lo que veremos en el texto de Tocqueville.

Pero ¿qué tipo de obra tenía en mente el pensador francés? En una carta escrita a su amigo Beaumont puede leerse:

> Necesito un tema contemporáneo, que me ofrezca la forma de mezclar los hechos con las ideas, la filosofía de la historia con la propia historia… He pensado que no hacía falta escribir la historia del Imperio, sino intentar mostrar y dar a entender la causa, el carácter, el alcance de los sucesos que forman los eslabones principales de la cadena de aquel tiempo. Los hechos sólo serán, de algún modo, la base sólida y continua sobre la que se apoyarán todas las ideas que tengo en la cabeza no sólo sobre esta época, sino también sobre la que la ha precedido y la que la ha seguido, sobre su carácter, sobre el hombre extraordinario que la ha completado, sobre la dirección que dio al movimiento de la Revolución francesa, a los destinos de la nación y de toda Europa.**[69]**

A partir de estas palabras resulta evidente que Tocqueville no estaba preparando una obra histórica narrativa como ya habían hecho los demás; al contrario, su voluntad era emprender una reflexión histórico-política que necesariamente debía ir mucho más allá del período napoleónico, tanto que lo empujaba hasta el Antiguo Régimen. El modelo de referencia es

Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence de Montesquieu, un escrito difícil de seguir, sobre todo porque se refiere a una época lejana cuyos hechos históricos más importantes son más fáciles de distinguir que los secundarios, como tiene que hacer Tocqueville.

Como se ha mencionado, desde la concepción de la obra hasta su redacción pasó mucho tiempo: sólo dos años después de aquella carta a Beaumont, de hecho, escribió dos capítulos sobre Francia en vísperas del 18 de Brumario,[70] donde aparecen también cuestiones que superan el programa originario y que más bien indagan el cambio del estatus social francés tras la revolución, y que le llevan a buscar sus causas en los últimos decenios del Antiguo Régimen. De este modo, Tocqueville retoma los temas que había tratado en su artículo de 1836, *Etat social et la politique de la France avant 1789*, que no había cosechado mucho éxito en su época, y que quería proseguir con otro escrito dedicado a la Francia postrevolucionaria; aunque llegó a reunir el material para ello, el escrito no vio la luz.

Inició una investigación directa sobre las fuentes, aunque omitió las numerosas obras históricas acerca de la revolución, y tenemos constancia de que había leído la mayor parte de los textos que hemos citado antes, además de *L'Histoire parlementaire de la Révolution* de Philippe-Joseph-Benjamin Buchez y Prosper Charles Roux, una obra de cuarenta volúmenes que supone una verdadera revolución historiográfica para aquella época.

La investigación empieza en el archivo de la «generalidad» o «intendencia» de Touraine, para luego ampliar las pesquisas a Île-de-France.

En concreto, se dedica al análisis de la bibliografía política y económica del período de la revolución y de las décadas anteriores. Para él son también importantes las obras de los feudistas del siglo XVIII y los *Cahiers de doléances* de 1789.

Como ya es habitual en su metodología, completa la investigación con un viaje a Alemania, a Bonn, en 1854, con el fin de analizar los eventuales residuos del Antiguo Régimen en aquel país y realizar una comparación con la situación francesa. Al final del viaje empieza la verdadera redacción del libro, que se publicará dos años después.

Partiendo de las fuentes originales y apartándose de la literatura producida hasta entonces, Tocqueville expresa un pensamiento nuevo referente a la revolución, examina su relación con la Ilustración, y concentra su análisis en las estructuras de las clases francesas en vísperas de ese evento y las profundas contradicciones que poco a poco se habían formado entre estas clases sociales y el ordenamiento político, así como jurídico y administrativo, en que se desarrollaban. Su objetivo era analizar las estructuras que el Imperio había dejado en herencia a la Francia contemporánea de él y que pudo conocer durante su carrera política; sobre ello declara:

> indicaré los hechos ciertos y seguiré su hilo, pero mi deber principal no será explicarlos; sobre todo deberé dar a entender los hechos esenciales, hacer ver las causas variadas que los han producido y las consecuencias que se han derivado de ellos.[71]

Para entender mejor estas afirmaciones, es preciso considerar los contenidos de la obra en detalle. El libro empieza con el análisis de las causas que han desembocado en el golpe de Estado de Brumario, a partir del relato de los supervivientes y de la memoria del tiempo, para llevar luego hacia una explicación más profunda de la crisis que determinó aquel acontecimiento.

El registro inédito de las deliberaciones del Directorio permite a Tocqueville identificar las fases del desmoronamiento del régimen y lo empuja a hacerse una pregunta: ¿por qué, a pesar de aquella situación, los franceses no desean el regreso al Antiguo Régimen? ¿Por qué los campesinos decepcionados ante la situación actual prefieren una nueva dictadura a la restauración del viejo orden?

En su opinión, ello se explica por el hecho de que fue el propio pueblo quien ganó la revolución, tanto en términos institucionales como en términos económicos. Quienes más se habían beneficiado de este último aspecto, a su juicio, fueron los campesinos, gracias al saneamiento de las deudas rurales, a la desaparición de los privilegios y a las condiciones de compra de los bienes nacionales, es decir, los bienes confiscados al clero tras la revolución y puestos a disposición de la nación. Además, el recuerdo de los derechos feudales también les hace preferir cualquier otra cosa antes que el regreso del viejo orden. Las respuestas que ha encontrado hasta entonces le llevan, por lo tanto, al Antiguo Régimen.

Apartados de la obra

El Antiguo Régimen y la Revolución está constituida por tres partes. En la primera, su autor intenta identificar el alcance histórico y político de la revolución. Si el socialista Louis Blanc la había interpretado como la revolución del individuo en contra de la autoridad, y Jules Michelet la había descrito como el advenimiento de un mundo nuevo fundado en la justicia, para remplazar al mundo antiguo, sometido a la voluntad divina, la interpretación de Tocqueville se enraíza en presupuestos diferentes. Para él, no se trata ni de autoritarismo ni de anticristianismo, sino de un hecho de carácter sociopolítico cuyo objetivo es abolir las instituciones feudales y recolocar un orden social y político más uniforme, que tenga como base la igualdad de condiciones.

El Antiguo Régimen

El título de este recuadro está extraído de la obra de Tocqueville que ha contribuido a la difusión del término «Antiguo Régimen», aunque este fue creado durante la revolución. Le dio también una gran difusión en toda Europa L'école des annales, un famoso grupo de historiadores franceses del siglo XX, innovadores en el campo de la historiografía.

Desde el punto de vista económico, puede verse como el paso del feudalismo al capitalismo, y desde el punto de vista social, como el contraste entre la aristocracia y la nueva clase burguesa De todos modos, la definición más obvia es la que habla de la consolidación de la monarquía absoluta.

Para responder a los impulsos revolucionarios que acaban en 1660, se hace preciso asegurar un mayor equilibrio social y político a través de la unificación del ejercicio de la soberanía, de modo que nobles, corporaciones y ciudades pierden parte de su poder. Es una tendencia que se verifica en toda Europa en los siglos xvii y XVIII, pero en Francia se produce una mayor aplicación con Luis XIV, el rey Sol.

Un emblema cultural y político de esta centralización de los poderes es el palacio de Versalles, cuya construcción finaliza en 1682. Allí, el rey atrae a toda la nobleza concediendo cargos altisonantes y bien pagados pero de modesto peso político, en un marco lujoso en el que todos los aspectos de la vida social y política giran en torno a la figura del soberano.

El rey sólo debe responder ante Dios, lo que hace que su reino sea de derecho divino, ya que su poder deriva directamente de Dios, sin ningún intermediario.

La sociedad del Antiguo Régimen está dividida en tres castas: nobleza, clero y tercer estado, y fueron los privilegios de estas, como veremos, los que se cuentan entre las causas de la revolución.

Además, sostiene que se trata de la llegada al extremo de una tendencia que se está produciendo en toda Europa, por lo que la pregunta pertinente es:

¿por qué en Francia y no en otras partes? La respuesta a esta pregunta ocupa la segunda parte de la obra.

La primera causa reside en el avanzado estado de disgregación del feudalismo, que en Francia está mucho más adelantado que en el resto de Europa. La servidumbre era un recuerdo relativamente lejano, así como los trabajos en la propiedad, hasta el punto de que algunos campesinos empezaban a ser propietarios de pequeños terrenos. De todos modos, los señores seguían gozando de los mismos privilegios, situación que contribuía a fomentar el odio por parte de los campesinos. Ofrecemos un pasaje que describe bien la situación, así como el punto de vista de Tocqueville:

> Os ruego que imaginéis al campesino francés del siglo xviii o más bien el que ya conocéis: porque siempre es el mismo; su condición ha cambiado, no así su humor. Imaginadlo del modo en que los documentos que lo presentan lo han descrito, tan apasionadamente apegado a la tierra que, para comprarla, se gasta todos sus ahorros y la compra al precio que sea. Para hacerlo, ante todo debe pagar un derecho, no un coste al gobierno, sino a los demás propietarios de los alrededores, como él ajenos a la administración de la cosa pública, y casi igualmente impotentes. Al final se convierte en propietario; con el grano os siembra el corazón. Este pequeño trozo de tierra que le pertenece en ese vasto universo le llena de orgullo y de independencia. De todos modos, aparecen aquellos mismos vecinos que le arrancan de su campo y le obligan a ir a trabajar en otra parte sin salario […]. Haga lo que haga, encuentra en todas partes a esos vecinos incómodos, que perturban su placer, entorpeciendo su trabajo, comiéndose sus productos, y cuando ha acabado con estos, otros, vestidos de negro, se presentan para llevarse la mejor parte de su cosecha. Imaginad la condición, las necesidades, el carácter, las pasiones de este hombre, y calculad, si podéis, los tesoros de odio y de envidia que se acumulan en su corazón.

La decadencia de todas las instituciones libres de talante medieval y la dificultad de la nobleza para adaptarse a los nuevos deberes creó un vacío que está en la base del régimen centralizado, también marcado por la falta de participación del pueblo en cualquier decisión y por la invasión de la vida privada de los ciudadanos.

En este sistema, la nobleza, una vez perdido su lugar en los campos, se reúne en la corte con el único objetivo de reafirmar su propio estatus. Por otra parte, está la clase burguesa, que empieza a enriquecerse, no sólo en términos materiales y económicos, sino también en el terreno de la educación y los estudios, que la alta burguesía utiliza sobre todo para acceder a cargos que le permitan distinguirse de la pequeña burguesía. El pueblo de los campos sigue estando abandonado a su suerte y Tocqueville expresa toda su indignación hacia un pueblo que no puede defenderse del absolutismo.

Este despotismo, en general nuevo como afirma también Madame de Staël, tiene normas rígidas, pero existen algunas vías de huida, en especial el espíritu de cuerpo (particularmente evidente en el clero), y la autoridad judicial de los parlamentos, que a veces consigue actuar también en el campo político.

El tercer libro, en cambio, está dedicado a las causas más inmediatas de la revolución, identificables a partir de mediados del siglo XVIII.

Tocqueville se concentra en la influencia de los filósofos que, sin tener una experiencia directa en el ámbito político, tercian en la opinión pública con propuestas para solucionar o cambiar los problemas del régimen en el que viven y críticas contra la Iglesia, que se erige como la defensora de la tradición y del *statu quo*. De todos modos, las palabras de los filósofos no se muestran contrarias al poder del rey. En particular, Tocqueville identifica entre los economistas a pensadores que desean establecer un «despotismo democrático».

Llegados a este punto, podemos afirmar que democracia y revolución constituyen dos de los puntos fundamentales en torno a los que se desarrolla el pensamiento de Tocqueville: no sólo por los títulos de sus dos obras principales, sino porque son las coordenadas en las que piensa y describe la modernidad.

Hemos visto cómo la revolución en cuestión es la francesa, pero, si observamos el conjunto de su obra, el término *revolución* asume un alcance más amplio. Ya en la introducción de *La democracia en América*, Tocqueville hace una interpretación de la historia occidental como el teatro de una «revolución irresistible»,[72] y esta revolución está a su vez descrita como «una gran revolución democrática»[73] hecha de:

> todos los hombres que la han ayudado con sus esfuerzos, los que se proponían contribuir a su éxito, y los que no creían servirla, quienes la han combatido, y quienes se han declarado sus enemigos: todos ellos han sido empujados de cualquier modo hacia el mismo camino y han trabajado juntos, unos a pesar suyo, otros sin saberlo, ciegos instrumentos en las manos de Dios […]. El paulatino desarrollo de la igualdad de las condiciones es un hecho providencial y posee sus caracteres esenciales: es universal, duradero, se sustrae cada día a la potencia del hombre; todos los acontecimientos, así como todos los hombres, propician su desarrollo,[74]

Se entiende, entonces, que la Revolución francesa es «una» revolución, pero que existe un movimiento histórico que lleva al hombre de una

condición de desigualdad a una de igualdad, esto es, de la aristocracia a la democracia.

En este sentido, revolución y democracia son nodos fundamentales de la modernidad, y la revolución es en general, en la historia moderna occidental, aquel movimiento gradual —podría decirse casi natural— que lleva al hombre de una condición a otra y, a veces, como en el caso específico de la Revolución francesa, un cambio repentino y violento que destruye un tipo de sociedad para adquirir otro, una especie de aceleración del movimiento natural que, sin embargo, no logra realizarse de tal modo.

Como ya se ha visto, Tocqueville aborda explícitamente el tema de la Revolución francesa en dos escritos, uno de 1836 y, veinte años después, en el *Antiguo Régimen*. A pesar del largo lapso de tiempo que transcurre entre ambas obras, en la primera aparecen ideas que darán origen a la segunda. En primer lugar, expone la idea de que la revolución sucede dentro de un proceso que la trasciende y que conduce a la democracia. En segundo lugar, está la relación entre revolución y aristocracia. Para Tocqueville, la aristocracia se define a partir de la posesión de determinados bienes, raros o difíciles de conseguir: riqueza, cultura y poder. La aristocracia francesa de tipo feudal poseía todas estas características, y ello la había transformado en una casta, corrupta y alejada del pueblo y de su función de gobierno descentralizado. En cambio, la aristocracia inglesa, más cercana al pueblo, había conservado su función de gobierno.

Para decirlo de algún modo, la aristocracia francesa conservó su función social en detrimento de la política, de manera que propiciaba la centralización del poder en manos del rey e incrementaba el odio entre aristocracia y pueblo, así como en el seno de las diferentes clases y de la propia aristocracia. A esta cuestión, tanto política como social, se añade la económica: la aristocracia es incapaz de adecuarse a los nuevos comercios, mientras que el pueblo empieza a comprar pequeñas propiedades.

Estas fueron las semillas que llevaron a la revolución y que Tocqueville ya había identificado en 1836. Cuando retoma los mismos argumentos veinte años después, el autor los enmarca en el contexto de la crisis europea, con la excepción de Inglaterra. La aceleración francesa se debió, por una parte, a la condición de la nobleza y, por la otra, a su desarrollo social e intelectual. En

síntesis, si la apariencia era la de una sociedad del Antiguo Régimen, las ideas en germen ya eran las democráticas.

> Lo que la Revolución ha hecho se habría producido, no tengo ninguna duda, sin esta; sólo fue un proceso violento y rápido con cuya ayuda el proceso político se adaptó al marco social, los hechos a las ideas, las leyes a las costumbres.[75] […] La Revolución creó una multitud de cosas accesorias y secundarias, pero sólo desarrolló el germen de las instituciones principales que ya existían con anterioridad. Reguió, coordinó y legalizó los efectos de una gran causa, más que ser ella misma una causa.[76]

Veinte años después, reitera de forma aún más marcada el concepto al hablar de:

> cumplimiento de un largo trabajo, la conclusión imprevista y violenta de una obra a la que habían contribuido diez generaciones de hombres.[77]

Pero Tocqueville no queda satisfecho con esta explicación, busca sus causas más profundas y, cuando vuelve sobre los acontecimientos del siglo XVIII, en los libros II y III las divide en causas remotas y próximas. Las causas remotas no deben entenderse como cronológicamente remotas, sino que son tales porque están de algún modo ausentes de la conciencia histórica, como ocultas.

En síntesis, son las siguientes:

- la división entre nobleza cortesana y provincial;
- la incapacidad de la aristocracia para adaptarse a los tiempos y oponerse al absolutismo;
- la división entre alto y bajo clero;
- las propiedades fragmentadas del pueblo, que no lo convierten en una clase unida, sobre todo comparado con la nobleza y la burguesía;
- el poder administrativo centralizado, que divide en clases y niega cualquier participación y que se encontrará aislado en caso de crisis.

Las causas próximas que se exponen en el libro III se pueden resumir como la falta de praxis política por parte de los ilustrados, que, sin embargo, escribían mucho al respecto. Sus teorías filosóficas y económicas simplificaban demasiado la realidad, y, por tanto, no lograron captar la complejidad de los problemas. Si, por un lado, en general se reconoce la importancia de la Ilustración para poner en marcha la revolución, por el otro, Tocqueville hace aparecer otro aspecto: el de haber obstaculizado la práctica política de la propia libertad por no haber sabido actuar políticamente.

También desde el punto de vista teórico, Tocqueville alberga dudas al respecto: la Ilustración no sería más que un viejo modelo propuesto de una forma distinta, la doctrina religiosa del hombre privada de su trascendencia en favor de la inmanencia y de la secularización, pero ejecutada una vez más con poco sentido práctico y crítico. Justamente de esta teoría se sirvieron los grandes revolucionarios, que no supieron actuar en el plano político.

El Antiguo Régimen cosechó un gran éxito también entre sus contemporáneos, como podemos leer en muchos periódicos de la época. A pesar de que algunos críticos acusaran a Tocqueville de haber sacado unas conclusiones demasiado generales, otros reconocen a esta obra el mérito de identificar la causa profunda del desmantelamiento de las instituciones representativas. Además, para su época representó una crítica al autoritarismo y a la obsesión por la riqueza, así como un intento de reavivar determinados valores espirituales y morales.

El éxito de la obra empuja a Tocqueville a preparar una continuación, cuyo objetivo era, de algún modo, establecer un vínculo entre los dos capítulos sobre el golpe de Estado de Brumario y el *Antiguo Régimen*, pero el proyecto resulta ser más difícil de lo previsto, puesto que tender un puente cronológico entre ambos escritos significaría abandonar el traje de sociólogo para vestir el de historiador, Y no era esta su intención.

> Puesto que mi objetivo es mucho más el de dibujar el movimiento de los sentimientos y de las ideas que produjeron, uno tras otro, los acontecimientos de la Revolución, que el de recordar esos acontecimientos en sí mismos, tengo mucha menos necesidad de documentos históricos que de escritos en los que el espíritu público se manifiesta respecto a cualquier período: periódicos, publicaciones, cartas privadas, correspondencias administrativas.[78]

Un viaje a Londres le sirve para consultar esos documentos, pero, por falta de catalogación, halla dificultades para hacerlo; de todos modos, el libro recién publicado recibe una muy buena acogida en Inglaterra, la misma que le reservan a él.

A su regreso a Francia, confecciona el borrador de los siete capítulos que debían constituir la continuación del *Antiguo Régimen* y que analizan el período que va desde 1787 hasta la convocatoria de los Estados Generales en mayo de 1789. Por desgracia, se queda en un borrador y el libro en su forma definitiva nunca se publica; no obstante, este se encuentra en sus *Obras completas*.[79]

Las páginas en cuestión son interesantes sobre todo por la forma en que subrayan la relación de la Revolución francesa con lo que estaba sucediendo en toda Europa, no tanto los hechos históricos en sí, sino más bien en el terreno de los ideales y el espíritu político, una novedad para su época. Además, nos muestra cómo los primeros en rebelarse contra el rey fueron justamente los privilegiados, y sostiene que sólo a continuación el conflicto se abre paso entre estos y el Tercer Estado. Por lo tanto, se trataría de una especie de «revolución aristocrática» que tuvo lugar entre 1787 y 1788 y de la que hasta ahora nadie había hablado.

La herencia de Tocqueville

Tanto al narrar su vida como al exponer sus obras principales, hemos visto que Tocqueville gozó de estima y consideración no sólo política sino también intelectual, *La democracia en América* enseguida cosechó un gran éxito, más allá de las fronteras francesas, y *El Antiguo Régimen y la Revolución* le fue a la zaga.

Durante su actividad política, sus opiniones se apreciaron grandemente y puede afirmarse sin duda que logró una gran fama entre sus contemporáneos.

Aunque se lo dejó de lado como pensador durante algunas décadas, posteriormente recuperó la atención de los estudiosos de varias disciplinas, así como del gran público, por su clarividencia acerca de la sociedad democrática, que sigue siendo interesante en nuestros días. Sus razonamientos sobre el individualismo, la tiranía de la mayoría y la opinión pública son de indudable actualidad, pero Tocqueville nos ha transmitido otro gran legado, una herencia que ha influido profundamente en los estudios de quienes han venido tras él: su forma de observar el mundo. Intentemos razonar acerca de su método y ver si podemos dar la razón a quienes consideran a Tocqueville como el primer sociólogo.

¿Una investigación sociológica?

Al hablar de su vida, en concreto de su viaje a América, hemos visto que Tocqueville utilizaba una metodología de investigación particular. Ahora queremos explicar mejor en qué consiste esa metodología y demostrar que su análisis sobre la crisis de la democracia no es simplemente fruto de una buena intuición, sino el resultado de una elección metodológica.

Si se mira a través de las lentes del historiador, Tocqueville puede ser considerado el heredero de Jean Bodin o de Montesquieu, un atento e innovador observador.[80] De todos modos, como ya hemos visto, y como nos

sugiere Raymond Boudon, Tocqueville parece más próximo a nosotros que a sus contemporáneos.[81] Desde esta perspectiva, no es el innovador de un recorrido ya iniciado, sino el pionero de un nuevo camino, el de la sociología.

El sociólogo alemán Max Weber (1864-1920). Caricatura de Nacho García.

De hecho, si examinamos su *modus operandi*, nos damos cuenta de que, por un lado, anticipó el método de la escuela de los *Annales*, que se basa en la reconstrucción histórica de los contextos sociales,[82] y, por el otro, prevé otra base de la sociología, que es la comparación entre varias sociedades y que abre el camino a aquel individualismo metodológico característico de dos de los más célebres sociólogos, Georg Simmel y Max Weber.

Es verdad que no puede negarse la deuda con el pensamiento filosófico que muchos identifican sobre todo en Montesquieu, Condorcet, Rousseau y Pascal,[83] pero sin duda hay que añadir a esto un razonamiento sobre su método. Lo hemos visto en los viajes, en las entrevistas, en la busca de las fuentes originales, así como en la crítica a aquellos ilustrados que no sabían nada de praxis política: Tocqueville no se limita al plano teórico, sino que trata de profundizar su análisis con la búsqueda de datos y documentos.

Así pues, los protagonistas no son tanto las teorías como los actores sociales, no tanto el hecho histórico en sí (aunque siempre reconstruye los datos con detalle), sino más bien la comprensión de lo que ha pasado acompañada por la investigación de cuáles han sido los factores que han conducido a ese determinado evento.

Contrariamente a sus contemporáneos, Tocqueville no cree que el curso de la historia esté predeterminado:

> Sé muy bien que muchos de mis contemporáneos creen que los pueblos no son en esta tierra dueños de sí mismos y que obedecen necesariamente a no sé qué fuerza insalvable y no inteligente que nace de los acontecimientos anteriores, de la raza, del suelo y del clima. Se trata

> de doctrinas falsas y blandas, que sólo pueden producir hombres débiles y naciones pusilánimes: la Providencia ha creado el género humano ni totalmente independiente ni completamente esclavo. Es verdad que traza alrededor de cada hombre un círculo fatal del que no puede salir, pero dentro de esos amplios límites, el hombre es poderoso y libre, así como los pueblos.[84]

Es esto lo que busca cuando identifica una especie de conducta ideal típica de cada grupo social, cuando identifica las «pasiones generales y dominantes» de un pueblo.

A este respecto citamos a Salvatore Abruzzese:

> Tanto si se habla de irreligión o, por el contrario, de devoción a la patria, de espíritu asociativo o de indiferencia cívica, ningún sentimiento se analiza solo, ni esencialmente, como un hecho social que remite a los procesos de socialización o a los condicionamientos culturales, sino como una respuesta históricamente situada a las exigencias de racionalización de la existencia por parte de cada individuo.[85]

Pero, sobre todo, Tocqueville no busca una causa única, sino más bien una pluralidad de causas, con lo que recupera en ciertos aspectos las teorías de Montesquieu sobre las determinaciones múltiples.

Por lo tanto, para entender a Tocqueville debe tenerse presente su formación filosófica, histórica y política para no correr el riesgo de reducir su obra a un buen análisis de usos y costumbres, de hacer de ella una lectura simplemente culturalista.

En esto desempeña un papel fundamental la lectura que hace de la religión, la forma en que, sobre todo en *La democracia en América*, la usa como filtro cognitive; lo que él valora es el papel de las creencias religiosas en las sociedades democráticas, es decir, la forma en que la religión actúa no tanto en cada uno, sino en el modo de concebir las virtudes políticas, y por consiguiente en las acciones en el seno de la sociedad que estas inspiran. Así pues, la capacidad de realizar una investigación sociológica es una de las características fundamentales del trabajo de Tocqueville, un autor que

> ha puesto en práctica una forma nueva de analizar los fenómenos sociales, un método que se aparta del de sus contemporáneos —pero también del de muchos de los nuestros— y que se ha impuesto hasta hoy en las ciencias sociales: por lo menos en lo que estas tienen de mejor.[86]

Hemos visto su capacidad para analizar los sistemas legislativos americanos y los principios constitucionales, así como, a continuación, los archivos y los catastros del terreno para el *Antiguo Régimen*. Asimismo sabemos que, gracias a la buena acogida dispensada a personas de su rango,

durante su viaje pudo realizar entrevistas y reuniones con personalidades competentes, parte fundamental de su método de investigación (en el primer volumen de la *Democracia*, sobre esto hace una precisión metodológica explicitando el hecho de que no va a declarar los nombres de las personas que le han proporcionado información).

Si, por una parte, su educación y su formación jurídica le permitieron entender la constitución que analizaba, por la otra, su estatus y su curiosidad le posibilitaron entenderla lo mejor posible a través de lo que hoy se definiría como método etnográfico.

A pesar de ello, que se hable de sociología para referirse a la obra de Tocqueville es algo bastante reciente, y sigue siendo una opinión que no todos comparten. De todos modos, creemos que es posible sostener esta posición sobre todo a partir de la segunda *Democracia*.

Si en la primera se ocupa principalmente de la descripción de la sociedad americana, conforme a sus propias observaciones, en la segunda el foco se centra en analizar el desarrollo de la modernidad política y cultural, un análisis que se basa en el estudio de la relación entre las especificidades territoriales y administrativas y las elecciones de los agentes sociales.

Para definir con mayor claridad la visión de un Tocqueville sociólogo, podemos volver a citar a Boudon, quien distingue en la obra del pensador francés muchos principios constitutivos en común con la sociología: la observación, la capacidad de evaluación y de comparación, la búsqueda de leyes sociológicas, la adopción de universales evolutivos, la definición de modelos teóricos y de principios metodológicos.

Intentemos explicar mejor estos términos.

La observación

Los apuntes de Tocqueville nos muestran a un observador metódico: tomemos por ejemplo su primerísimo viaje a Sicilia del que al principio del libro hemos referido algunos pasajes. Ya en su tiempo, sus notas no representan un simple relato de viaje, sino una forma de interrogarse acerca de los usos y las costumbres del lugar, que a veces conduce a hallar las respuestas a sus propias preguntas.

Estas respuestas nos dan una idea sobre cómo es su metodología: busca la explicación de un determinado fenómeno social en las estrategias a las que los diferentes agentes recurren para responder a la situación en la que se encuentran, con lo que de algún modo se pone en práctica la lógica característica de la economía clásica y de la primacía de los intereses.

Este tipo de observaciones ya entrañaba el germen de tres características que pueden atribuirse al método sociológico: no partir de ninguna idea preconcebida sobre cómo debían ser los sicilianos, o sobre el «genio» de aquel pueblo, como solían decir sus contemporáneos; la búsqueda de motivaciones en las opciones adoptadas por los agentes sociales por parte de los observadores; la derivación coherente de las conclusiones de los datos de la observación.

Este método de observación programático se constata más adelante durante el viaje a Estados Unidos, al que añade el análisis de documentos.

> Cuando un determinado aspecto podía establecerse fundándose en documentos escritos he tenido cuidado en recurrir a los textos originales y a las obras menos cuestionables y más acreditadas. He indicado mis fuentes en las notas y cualquiera puede verificarlas. Cuando se ha tratado de opiniones, de costumbres políticas, de observaciones de costumbres, he intentado consultar a los hombres más competentes. Si me tropezaba con algún elemento más importante o una duda, no me contentaba nunca con un único testimonio y sólo llegaba a conclusiones a partir del conjunto de los testimonios.[87]

Una precisión a esta cita: ¿quiénes son esos hombres competentes? Como hemos mencionado, gracias a la acogida que se les dio, Tocqueville y su amigo Beaumont pudieron hablar con personalidades influyentes, incluso se reunieron con el presidente Jackson. Pero lo que de verdad hace adecuados a esos hombres para las entrevistas es su competencia en materias específicas, y, por lo tanto, las reuniones de ambos no se limitan a ámbitos exclusivos, sino que se extienden a la clase media —lo que Tocqueville subrayará también en su viaje a Inglaterra— y a los presos (considerando el objetivo principal del viaje a Estados Unidos).

La capacidad de evaluación

Se trata de un concepto desarrollado y ampliamente utilizado por Max Weber, y en lo que nos concierne corresponde a la conciencia del carácter histórico de los valores: el ejemplo más evidente es quizá su concepción de la

religión, de la que hemos hablado anteriormente. Los valores no poseen un carácter universal, sino que dependen del contexto histórico con el que se relacionan. Pero estamos lejos del relativismo cultural: los valores son principios existentes de base que luego se «adaptan» a los distintos contextos, no están producidos por ellos. O mejor dicho, es el contexto el que decide si aceptar estos valores y en qué medida. El principio de la igualdad, por ejemplo, en el centro de buena parte de las reflexiones de Tocqueville, siempre ha existido, pero logra emerger y ser aceptado sólo en determinados contextos.

Ello supone el hecho de que el observador no se forme un juicio sobre un valor en sí, sino que evalúe su adecuación al contexto. El observador debe presuponer que el agente social actúa de forma racional (aunque esto, de todos modos, no excluya errores, porque los valores están hechos por cada individuo y por lo tanto están modificados posteriormente) y debe considerar la situación como un todo sin juzgar las acciones individuales.

La capacidad de comparación

Tocqueville es asimismo un sociólogo comparatista, que nutre su análisis con las diferencias entre los pueblos; basta con pensar en todos sus viajes para entenderlo. Es probablemente el primero en comparar simultáneamente varias sociedades de una forma tan sistemática: este es uno de los motivos, entre otros, por los que George Wilson Pierson lo considera el iniciador de la sociología francesa[88].

Si, por una parte, el estudio de las diferencias es fundamental por la otra —y por complementariedad, podría decirse—, el concepto de totalidad debe considerarse también parte de su trabajo. Un concepto que resulta ser fundamental de Marx a Durkheim y Mauss. Esto significa que intenta reconstruir lo que en sociología se define como un sistema social, un cuerpo social, es decir, un conjunto en el que las variables siempre son estrechamente independientes.[89]

La analogía del cuerpo social considerado como un organismo aparece a menudo en Tocqueville, de modo que la Revolución de 1830 es considerada como una enfermedad causada por la división de las diferentes partes del cuerpo social, enfermedad[90] cuyos síntomas febriles[91] pueden percibirse, el

espíritu de revuelta «circula como la sangre en un solo cuerpo».[92] Por tanto, el concepto de sistema en Tocqueville guarda una estrecha relación con el de cuerpo.

La metáfora del cuerpo político

La metáfora del cuerpo político está muy extendida y es verdad que no es Tocqueville quien la emplea por primera vez. La imagen de una sociedad como un cuerpo ejerció una gran influencia sobre la reflexión política europea, sobre todo a partir del siglo XII. Sin embargo, pueden encontrarse indicios muchos siglos atrás en una fábula de Esopo acerca de la confrontación entre el vientre y el pie, y en concreto en su versión veneciana de 1491, donde el vientre es un médico y los pies son un campesino; así, la metáfora quiere representar el papel inferior, pero también de apoyo, de esta clase social.

El sentido político de esta imagen se hace aún más evidente en la primera carta a los Corintos de Pablo de Tarso, cuando afirma que «el cuerpo, aun siendo uno, tiene muchos miembros, y los miembros, aun siendo muchos, forman un solo cuerpo, que es Cristo».

El análisis más conocido de esta metáfora se debe a Ernst Kantorowicz (1895-1963),[93] quien demuestra que, justamente a partir del siglo XII, se difunde la comparación de la Iglesia con un cuerpo cuya cabeza es el Cristo (también en las túnicas de su vicario terrenal, el papa) y su otra versión que ve el Estado como un cuerpo, de nuevo sagrado, pero cuya cabeza esta vez es el rey.

Para Marsilio de Padua (1275-1342), el gobierno del Estado desempeña las funciones del corazón, mientras que Niccolò Cusano (1401-1464) evidencia el marcado carácter holístico de la metáfora. Con Thomas Hobbes (1588-1679), como queda atestiguado tanto en el *De cive* como en el más famoso *Leviatán*, la metáfora Estado-cuerpo adopta rasgos mecanicistas y abre a la posibilidad de una construcción humana del cuerpo viviente del Estado.[94]

La metáfora se extiende tanto entre los siglos XVI y XVII que se convierte en un auténtico lugar común, una forma más sencilla de divulgar principios políticos, y se difunde también en la literatura, principalmente por motivos de eficacia propagandística y comunicativa[95].

A partir de mediados del siglo XVI, la metáfora del cuerpo político queda modificada a raíz de los descubrimientos en el campo médico y el interés por la anatomía, la investigación sobre los órganos y sus representaciones, por lo que la metáfora empieza a usarse en el sentido inverso diciendo que, del mismo modo que un Estado está gobernado por un jefe, el cuerpo está gobernado por la cabeza.

Además, como consecuencia de ese interés médico, la metáfora también empieza a emplearse para hablar de enfermedades y terapias. Sólo por citar un ejemplo, Jean Bodin, jurista y politólogo francés, observa que, del mismo modo que un cuerpo enfermo se cura haciendo salir del mismo los humores negativos, en una sociedad enferma se expulsan los insurgentes y quienes ya no son funcionales para la salud del cuerpo social se amputan como una extremidad gangrenosa con la condena a muerte.

> El uso de la metáfora que pone en relación el Estado y el cuerpo viviente es, por lo tanto, muy extendido. Si, por una parte, es una imagen duradera que transmite, en el terreno de la política, la superioridad del todo respecto a la suma de las partes y la necesidad natural de una diferenciación de las funciones y de la jerarquía dentro del cuerpo político, por otra parte, uno de los motivos de su longevidad es la posibilidad de variaciones, giros hermenéuticos e interpretaciones. De vez en cuando, de hecho, la parte del cuerpo que gobierna puede cambiar en función de la teoría política de la que es apoyo y proporcionar así la imagen de una organización política distinta.[96]

Pero ¿qué diferencia la obra de Tocqueville de la de un historiador cuando sus textos se basan en archivos y documentos, como para la redacción de *El Antiguo Régimen y la Revolución*?

Hemos visto que Tocqueville reitera a menudo que su objetivo, sobre todo en su última obra, no es tanto el de narrar los hechos, misión que corresponde al historiador, sino más bien entender sus causas. ¿Quiénes son estos agentes sociales sobre los que se interroga? ¿Grupos sociales o individuos concretos? Según el historiador Lefebvre:

> la atención de Tocqueville se concentra en factores naturales y colectivos a los cuales se pliegan los individuos. Al describir Estados Unidos había concedido un papel importante a las condiciones geográficas, en Francia se producen las luchas de la nobleza contra la aristocracia y el progreso inevitable del centralismo, las consecuencias sociales de la evolución económica, los rasgos característicos del temperamento nacional, de los que, por otra parte, no busca su origen.[97]

Siguiendo esta observación, por lo tanto, podemos decir que los condicionantes geográficos, políticos y económicos son factores fundamentales en el análisis de Tocqueville. Por otro lado, él mismo afirma:

> Se me pueden oponer ciertamente los individuos: yo hablo de las clases, sólo ellas deben ocupar la historia.[98]

A pesar de esto, no podemos atribuirle un punto de vista marxista, aunque es cierto que el pensamiento de Marx se estaba expandiendo en aquellos años. En Tocqueville, el concepto de clase social es un modelo simple.[99] Esto significa que las acciones de las clases sociales están condicionadas por factores externos, sean geográficos, políticos o económicos, pero no son intrínsecos a las clases, no modifican su pensamiento, su ideología, como sucede, por el contrario, en la concepción de Marx.

Lo que quiere decir Tocqueville al hablar de la historia de las clases sociales es que su investigación se centra en las acciones de estos grupos, su

historia no es la de los grandes acontecimientos y las decisiones políticas, sino que es una historia que indaga más a fondo en la realidad, y quizá es por eso que tiene aún mucho que decirnos.

Conclusiones

Al hablar de la vida de Tocqueville, hemos aprendido a conocer la dualidad, casi hasta la paradoja, de un hombre criado en una familia aristocrática y fiel al Antiguo Régimen que en su carrera política y en sus textos ha sido uno de los mayores teóricos de la democracia. Esta es también la dualidad de los tiempos en que vivió, una época de cambios históricos.

Pero la dualidad, que se hace riqueza, también hace referencia a las diferentes disciplinas que abarca su trabajo. Si Mill nos habla de un Tocqueville que escribió el primer libro filosófico acerca de la democracia es porque, con ello, desea subrayar esa innovación tan radical, una innovación que consiste en desvincular la democracia entendida como forma de gobierno y la democracia concebida como proceso general que cambia toda la sociedad, un proceso que todavía está en marcha. En cambio, por otro lado, hemos visto a un Tocqueville sociólogo que indaga acerca de los acontecimientos y sus causas con un método totalmente novedoso. La combinación entre ambos aspectos nos da la medida de la grandeza de sus obras. Quizá son precisamente estas ambigüedades las que lo convierten en un pensador de especial interés.

Hemos hecho un largo viaje y hemos llegado al final. Hemos estado en Francia, durante un período muy concreto de su historia, en Estados Unidos para visitar a una joven democracia, en Inglaterra y en Argelia.

Hemos acompañado a Tocqueville en busca de respuestas a preguntas que todavía hoy siguen vigentes, para resolver una cuestión que aún nos afecta: ¿cómo funciona la democracia? O mejor, ¿cómo es posible hacerla funcionar?

Hay una línea que recorre el trabajo de Tocqueville, un motor que mueve toda su obra. Se trata de una teoría basada en la paulatina consolidación de la igualdad como principio normativo de las relaciones sociales, sostenido por un método que consiste en la indagación social y la reconstrucción de las causas que crean los acontecimientos y los actores sociales que toman parte

en ellos. Esto es lo que hace tan actual la obra del pensador francés y tan valiosa para una reflexión sobre nuestra época contemporánea.

Es indudable que la democracia es el sistema que hay que adoptar, ¿pero cómo? Lo que Tocqueville propone no es un modelo que seguir, porque cada nación y cada época histórica tiene sus propias especificidades y sobre todo porque el hombre democrático es quien tiene que construirla. Somos nosotros quienes debemos construirla.

APÉNDICES

Bibliografía

Obras de Tocqueville

Frammenti storici sulla Rivoluzione francese, trad. it. L. Russo, Milán, 1943, pp. 21-53.

El Antiguo Régimen y la Revolución, Madrid, Alianza editorial, 2004.

La democracia en América, Madrid, Alianza editorial, 2002.

Mémoire sur le paupérisme, publicado en *Mémoires de la Société Académique de Cherbourg (1935)* y A. Tocqueville, «Mémoires sur le paupérisme», en *Bulletin des Sciences économiques et sociales du Comité des travaux historiques et scientifiques*, París, 1911, pp. 17-37.

Œuvres complètes, París, 1967.

Otras obras

Abruzzese S., *La sociología di Tocqueville. Un'introduzione*, Nápoles, 2000.

Antoine A., *L'impensé de la démocratie. Tocqueville, La citoyenneté et la religion*, París, 2003.

Battista A. M., *Lo spirito liberale e lo spirito religioso*, Milán, 1976.

Benoît J. L., *Comprendre Tocqueville*, París, 2004.

Berlin I., «The Thought of de Tocqueville» *(artículo revisado)*, en *History*, L, 1965.

Bobbio N., *Liberalismo e Democrazia*, Milán, 2006.

Boudon R., *La logique du social*, París, 1979.

Boudon R., *Tocqueville aujourd'hui*, París, 2005.

Bressolette M., «Tocqueville et le paupérisme», en *Littératures, Annales publieés par la faculté des lettres de Toulouse*, V. 2, junio 1969.

Briguglia G., «L'anima e il sovrano. Osservazioni sulla metafora stato-corpo nel Leviatano di Hobbes», en S. Simonetta (ed.), *Potere sovrano. Simboli limiti abusi*, Bolonia, pp. 61-78.

Briguglia G., «Metafora e linguaggi politici», en *Doctor Virtualis*, 3, 2004.

Chignola S., *Il tempo rovesciato*, Bolonia, 2011.

De Sanctis F. M., *Tempo di democrazia*, 1986.

Drescher S., *Tocqueville and Beaumont on Social Reform*, Nueva York, 1969.

Furet F., *Penser la Révolution Française*, París, 1989.

Gerbod P., *La condition universitaire en France au XIX siècle*, París, 1965.

Grosclaude P., *Malesherbes, témoin et interprète de son temps*, París, 1961.

Guizot F., *Histoire de la civilisation en Europe depuis la chute de l'Empire romain jusqu'à la Révolution française*, París, 1857.

Guizot F., *Histoire parlamentaire de la France. Recueil complet des discours prononcés dans la Chambre de 1819 à 1848*, 5 tomos, París, 1863-1864.

Jardin A., *Alexis de Tocqueville*, Milán, 1994.

Kantorowicz E. H., *I due corpi del re*, Milán, 2012.

Manent P., *Tocqueville et la nature de la démocratie*, París, 1982.

Matteucci N., «Il problema del partito politico nelle riflessioni di Alexis Tocqueville», en *Il pensiero politico*, I, 1968, pp. 39-92.

Matteucci N., *Tre esercizi di lettura*, Bolonia, 1990.

Niccoli O., *Immagini e metafore della società in età moderna*, Università degli Studi di Trento.

Pierson G., *Tocqueville and Beaumont in America*, 1938.

Regazzoni D., «Educare la democrazia: Mill lettore (o discepolo?) di Tocqueville», en *Il destino della democrazia. Attualità di Tocqueville*, M. Ciliberto (a cargo de), Roma, 2010, pp. 231-254.

Redier A., *Comme disait M. de Tocqueville*, París, 1925.

Say J. B., *Cours complet d'économie politique pratique*, París, 1852.

Terni M. (a cargo de), *Tocqueville, L'amicizia e la democrazia. Lettere scelte 1824-1859*, Roma, 1987.

Tocqueville H., «Episodes de la Terreur», en *Le contemporaine, Revue d'Economie chrétienne*, 1861.

Von Hayek F., *John Stuart Mill and Harriet Taylor*, Londres, 1951.

Wollstonecraft M., *A Vindication of the Rights of Woman*, Londres, 1891 (1792).

Cronología

Vida de Alexis de Tocqueville	Contexto histórico y cultural
	1799 El 18 de Brumario, Napoleón, con un golpe de Estado, disuelve el Directorio y el cuerpo legislativo; se instituye el Consulado y Napoleón es uno de los tres cónsules.
	1804 Napoleón es coronado emperador. Muere Immanuel Kant.
1805 El vizconde Alexis Henri Charles de Clérel de Tocqueville nace en París el 29 de julio. Es hijo de una familia de aristócratas, su padre es de origen normando y su madre es sobrina del jurista Guillaume-Chrétien de Lamoignon de Malesherbes, abogado defensor de Luis XVI en el proceso ante la Convención nacional. La familia es de fe monárquica y legitimista, y defensora del derecho del Borbón a reinar en Francia.	
	1806 Disolución del Sacro Imperio Romano. En octubre, Napoleón vence en Jena y entra en Berlín.
	1807 Se publica la *Fenomenología del espíritu* de Hegel.
	1809 Metternich es nombrado ministro del Interior del Imperio habsburgo.
1810-1819 Transcurre sus años de	**1810** Madame de Staël publica *De*

infancia y de formación en París, y pasa los períodos estivales en el castillo de Verneuil-sur-Seine. Las lecturas de las obras de Voltaire, Montesquieu y Rousseau le acercan a los valores de la democracia liberal y lo alejan de aquellos entre los que había crecido.	*Allemagne*, manifiesto del romanticismo francés.
	1812 Derrota de Napoleón en Rusia. Nace Charles Dickens.
	1813 Napoleón es derrotado en Leipzig.
1814 A la caída de Napoleón, su padre, Hervé de Tocqueville, obtiene primero el cargo administrativo de prefecto de Maine-et-Loire y más adelante de Dijon.	**1814** Napoleón abdica y se va al exilio a la isla de Elba. El conde de Artois, hermano de Luis XVIII, constituye el gobierno provisional de Francia bajo la forma de Consejo de Estado. Luis de Borbón, futuro Luis XVIII rey de Francia, desembarca en Calais. Un mes después entra en París como rey de Francia y forma un nuevo gobierno, promulgando una nueva Constitución. Congreso de Viena.
	1815 Napoleón regresa a Francia. Luis XVIII huye de París para volver al trono tras la derrota definitiva de Napoleón en Waterloo y ser exiliado a la isla de Santa Elena.
	1818 Nace Karl Marx. Caspar David Friedrich pinta *Viajante ante un mar de nubes*, manifiesto del romanticismo.
	1819 Se publica *El mundo como voluntad y representación* de Arthur Schopenhauer.

1820-1823 Se reúne en Metz con su padre, que mientras tanto ha sido nombrado prefecto de Mosela, para ingresar en la escuela real y estudiar retórica y filosofía.	
	1821 Muerte de Napoleón. **1823** Manzoni escribe la carta al marqués Cesare d'Azeglio *Sul Romanticismo*, considerada como manifiesto del romanticismo italiano.
	1824 Muere Luis XVIII habiendo regresado al trono tras la restauración: le sucede Carlos X. Novena sinfonía («Coral») de Ludwig van Beethoven.
1826 Vuelve con su madre a París: al finalizar sus estudios, y obtener la licenciatura en derecho, viaja por Italia. Dedica al viaje dos manuscritos, uno de ellos exclusivamente a Sicilia.	
1827 Ejerce de juez auditor en el prestigioso distrito de Versalles, donde su padre ocupa el cargo de prefecto, gracias al cual conocerá a su amigo para toda la vida, Gustave de Beaumont.	
1830 La revolución que provoca el cambio de rey le enfrenta a la elección política y espiritual: permanecer fiel a Carlos X, como impondría su pertenencia a la aristocracia, o apoyar a Luis Felipe de Orleans, que está más en línea con sus ideas liberales.	**1830** Carlos X de Francia, el último rey de Francia de la dinastía Borbón, abdica tras la Revolución de julio; es elegido Luis Felipe, duque de Orleans, como rey de los franceses. Junto con el Parlamento crea una nueva Constitución.
1831-1832 El 23 de abril, emprende	**1831** Se publica *Notre Dame de*

el viaje a Nueva York con su amigo Beaumont para estudiar la sociedad y el sistema penitenciario. La visita les lleva a las principales ciudades, Boston, Filadelfia, Baltimore y Washington, entre otros destinos.	*París*, de Victor Hugo.
	1832 Muerte de Jeremy Bentham.
1833 En enero publica, junto con Beaumont, *Du système pénitentiaire aux Etats-Unis et de son application en France*.	
1835 Se publica la primera parte de *La democracia en América*. El éxito del libro le lleva a realizar un segundo viaje a Inglaterra. A su regreso se casa con Mary Mottley, que había conocido en Versalles antes de la revolución.	**1835** Atentado al rey.
1837 Se presenta a las elecciones legislativas en el *arrondissement* de Valognes, departamento de la Mancha, pero no sale elegido.	
1838 En reconocimiento a su importante actividad como publicista, ingresa en la Académie Française.	
1839 Entra en la Cámara como diputado de Valognes. Inicia su actividad parlamentaria sobre tres cuestiones principales: la abolición de la esclavitud en las colonias, la reforma del sistema carcelario y la intervención francesa en Argelia, a donde viajará dos veces, en 180 con su amigo Beaumont y su hermano Hippolyte, y en 1846 con su esposa.	

1840 Publica la segunda parte de *La democracia en América*.	
	1844 *Discurso sobre el espíritu positivo* de Auguste Comte.
1848 Se opone a la deriva radical y socialista de la revolución que se produce en el país. En las elecciones que se celebran en diciembre, expresa su apoyo al general Cavaignac.	**1848** Es la primavera de los pueblos: fin de la «monarquía burguesa» de Luis Felipe.
1849 Es elegido diputado en el pueblo del que lleva el nombre. Tras una breve estancia en Alemania, se convierte por unos meses (junio-octubre) en ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno de Odilon Barrot. Un cargo del que dimite por mostrarse contrario a Luis Napoleón Bonaparte, quien, al convertirse en Napoleón III, le hace arrestar y encerrar en la fortaleza de Vincennes. Una vez liberado, se retira a la vida privada en su castillo para proseguir su actividad como escritor.	**1848-1852** El príncipe Luis Napoleón es elegido por mayoría presidente de la II República Francesa.
	1851 Golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte; inicio de una represión total de cualquier disidencia. Se produce el secuestro de propiedades y el arresto de los opositores, entre ellos, parlamentarios, periodistas y profesores. *Manifiesto del Partido Comunista* de Karl Marx.
	1852 Luis Napoleón promulga la nueva Constitución francesa. Se hace

	proclamar emperador. Asume el título de Napoleón III. Es el inicio del Segundo Imperio y de la modernización de la economía, que se había quedado algo rezagada respecto a la del Reino Unido y la de Prusia.
1856 Publica *El Antiguo Régimen y la Revolución*.	
1858 Para curarse de la tuberculosis que sufre, se traslada a Cannes, donde muere el 16 de abril.	

Notas

[1] André Jardin fue un biógrafo e historiador del siglo pasado. La obra a la que hacemos referencia se considera la biografía más completa y detallada sobre Tocqueville: A. Jardín, *Alexis de Tocqueville*, Madrid, 1997. <<

[2] El carlismo fue un movimiento conservador de sello tradicionalista cuyo objetivo era defender el derecho al trono de los descendientes de Carlos María Isidro de Borbón. El movimiento tenía una gran influencia en España, donde todavía cuenta con seguidores, aunque son poco numerosos. En 1815 se restaura la monarquía legítima de los Borbones en Francia, pero en 1830 una nueva revolución hace subir al trono a la dinastía de los Orleans. Los carlistas de los que se habla al referirse a Tocqueville son, por lo tanto, aquellos que apoyaban a la dinastía borbónica para la sucesión del trono francés. <<

[3] El legitimismo es una corriente política que se expande tras el Congreso de Viena (1814-1815) y que defiende el retorno a la monarquía absoluta y, con ello, el respeto hacia las líneas dinásticas que derivan del derecho divino. En la práctica, el movimiento reclama la restauración de los soberanos europeos destronados antes y durante la Revolución francesa y más tarde durante el período napoleónico. <<

[4] Cfr. P. Grosclaude, *Malesherbes, témoin et interprète de son temps*, París, 1961. <<

[5] Las *Mémoires* de Hervé de Tocqueville constituyen una fuente esencial para el relato de su vida. No obstante, siguen inéditas, salvo la parte que se refiere al período revolucionario que publicó su hijo Edouard bajo el título «Episodes de la Terreur», en *Le contemporaine, Revue d'Economie chrétienne,* enero de 1861, y que se reimprimió en 1901. <<

[6] La cámara de los pares era la cámara alta del sistema parlamentario instaurado tras la revolución en 1814 con la Restauración constitucional de Luis XVIII después de la caída de Napoleón. La cámara de los pares era la expresión de la monarquía restaurada y el órgano que representaba por excelencia a la nobleza francesa. En 1848 es sustituida por la Asamblea Nacional Constituyente de la II República Francesa. <<

[7] El jansenismo es una corriente (dentro del catolicismo) ante todo religiosa, pero con giros filosóficos y políticos, que se basa en la doctrina teológica desarrollada por Jansenio en el siglo XVII. Según esta teoría, el hombre nace naturalmente corrupto y destinado necesariamente a hacer el mal. Sólo la gracia de Dios puede ayudarle, pero algunos hombres están destinados a la salvación mientras que otros no, contrariamente a lo que sostienen los jesuítas, para quienes la salvación es posible para cualquier hombre de buena voluntad. <<

[8] Parece que los dos volúmenes fueron prestados a la viuda de Stoffels, quien luego los devolvió, pero ha sido imposible recuperarlos. <<

[9] G. de Beaumont, *Notice sobre Tocqueville*, en «Introducción» al t. V de las *Obras completas*. <<

[10] El tribunal de Versalles estaba dividido en dos cámaras y lo componía un presidente, un vicepresidente, siete jueces (dos de ellos encargados de la instrucción), un procurador del rey, dos sustitutos y cuatro magistrados auditores. Este último cargo no estaba muy bien definido: se trataba de una especie de prácticas mal pagadas cuyas tareas iban desde el examen de expedientes hasta la suplencia en la investigación sobre el territorio. <<

[11] Jean-Baptiste Say es uno de los principales economistas clásicos franceses de la generación anterior a la de Tocqueville. Liberal, es famoso por haber elaborado la ley de Say (o ley de los mercados), referente al fenómeno de las crisis económicas. Según esta ley, en un régimen económico de libre cambio no pueden existir crisis a largo plazo dado que la oferta crea la demanda; en caso de crisis por sobreproducción, habrá, por lo tanto, mucha oferta a bajo precio y la demanda aumentará. En esta circunstancia, el mercado es capaz de autorregularse sin la intervención del Estado. J. B. Say, *Cours complet d'économie politique pratique*, París, 1852. <<

[12] A. Tocqueville, *Œuvres complètes*, París, VIII, 1, p. 93. <<

[13] Archivos Tocqueville, fascículo 69. <<

[14] Los Tres días gloriosos hacen referencia a la Revolución de julio de 1830 (porque se desarrolla precisamente en tres días: 27, 28 y 29 de julio), durante la que Carlos X, último rey de la dinastía Borbón, fue destronado y sustituido por Luis Felipe, rey de la monarquía de julio. <<

[15] A Tocqueville, *Souvenirs*, *O. C*. XII, p. 86. <<

[16] En efecto, en este momento las relaciones entre ambos países son difíciles: tras la antigua Nouvelle France, las clases superiores fueron repatriadas y durante un largo período los colonos no pudieron implantarse allí. Aunque tras el año 1830 esta posibilidad se reabrió, la emigración quedó muy contenida y durante veinte años más no habrá cónsules que representen los intereses de Francia. Los franceses contemporáneos de Tocqueville siguen pensando en Canadá como en un imperio perdido con el «vergonzoso tratado de 1763», que se imputaba a Luis XV. <<

[17] También conocida como «Reform Act» y con el nombre más oficial de «Ley de 1832 sobre la representación del pueblo», es una ley promulgada por el Parlamento inglés que modifica el sistema electoral. La propusieron los Whigs (progresistas) y se opusieron a ella los Tories (conservadores), pero consiguió aprobarse gracias a una opinión pública favorable. Entre sus disposiciones, amplió el número de las personas que podían votar, con lo que se logró que pudiera votar cerca de un varón de cada seis. <<

[18] Para profundizar en esta cuestión, se aconseja el ensayo de David Ragazzoni, «Educare la democrazia: Mill lettore (o discepolo?) di Tocqueville», en *Il destino della democracia. Attualità di Tocqueville*, a cargo de M. Ciliberto, Roma, 2010, pp. 231-254. <<

[19] N. Bobbio, *Liberalismo y democracia*, Madrid, 1989. <<

[20] Entre ellos, hay que citar la interpretación de Frederich von Hayek, *John Stuart Mill and Harriet Taylor*, Londres, 1951. <<

[21] I. Berlin, «The Thought of de Tocqueville», en *History*, L (junio de 1965). <<

[22] A pesar de la educación aristócrata y tradicional y los consejos que él mismo dará a sobrinos y amigos en sus cartas, su matrimonio no se adecuará a estos principios. En 1835, regularizando así una relación de largos años, se casa con Mary Mottley, perteneciente a la media burguesía inglesa. <<

[23] Sobre todo se advierte la influencia del *Discours sur l'origine de l'inégalité parmi les hommes* de Rousseau, tal y como observa M. Bressolette, «Tocqueville et le paupérisme», en *Littératures, Annales publiées par la faculté des lettres de Toulouse*, V, 2, junio de 1969. <<

[24] A. Tocqueville, «Mémoires sur le paupérisme», en *Bulletin des Sciences économiques et sociales du Comité des travaux historiques et scientifiques*, París, 1911, pp. 17-37. <<

[25] A. Redier, *Comme disait M. de Tocqueville*, París, 1925, pp. 46-48. <<

[26] La hostilidad se manifiesta abiertamente con la publicación de algunos libelos eclesiásticos. Hay que recordar especialmente los del abad Combalot y del jesuíta Deschamps, además del periódico *L'Univers*, que ataca al monopolio universitario. La respuesta se dirige sobre todo contra los jesuítas con el curso que Michelet y Quinet dan en el Collège de France en 1843, así como en periódicos de izquierdas como *Le Constitutionnel*, *Le Courrier y Le Siècle*. Cfr. P. Gerbod, *La condition universitaire en France au XIX siècle*, París, 1965. <<

[27] Discurso sobre la confianza del 17 de enero de 1844, *Le Moniteur Universel* del 18 de enero, pp. 92-94. <<

[28] Artículo aparecido en el *Commerce*, publicado posteriormente en el segundo volumen de los *Ecrits politiques*. Una parte de los artículos sobre la libertad religiosa la publicó A. M. Battista, *Lo spirito liberale e lo spirito religioso*, Milán, 1976. <<

[29] A. Tocqueville, *Souvenirs*, *O. C*, XII, pp. 69-77. <<

[30] Las actas de la comisión para la Constitución de 1848, depositadas en los archivos nacionales con el número de repertorio 918, se han analizado a menudo, pero aún permanecen inéditos. <<

[31] Discurso del 12 de septiembre de 1848, *Le Moniteur universel* del 13 de septiembre. <<

[32] Los apuntes de Tocqueville al respecto se encuentran en los Archivos Tocqueville, fascículo 92. <<

[33] S. Drescher, *Tocqueville and Beaumont on Social Reform*, Nueva York, 1969, pp. 210-211. <<

[34] Manuscrito inédito de la Pennsylvania Historical Society Library. <<

[35] No podemos dejar de observar irónicamente que el concepto de moderados es un poco optimista, teniendo en cuenta la cuestión de las hogueras de las brujas, la intolerancia para con los cuáqueros, los anglicanos y los católicos así como el fanatismo de los misioneros. <<

[36] Para profundizar más en este tema, véase Nicola Matteucci, «Il problema del partito político nelle riflessioni di Alexis Tocqueville», en *Il pensiero político*, I, 1968, pp. 39-92. <<

[37] A. Tocqueville, O. C., I, 1, pp. 185-186. <<

[38] A. Tocqueville, *La democracia en América*, Madrid, Alianza Editorial, 2002. <<

[39] P. Manent *Tocqueville et la nature de la démocratie*, París, 1982, cap. IV. <<

[40] A. Tocqueville, *La democracia en América, op. cit* <<

[41] Para entender mejor este punto sería interesante contar con más información acerca de la formación estética de Tocqueville. Sabemos que en su juventud se interesó por la arquitectura, pero sobre esto sólo había escrito en *Voyage en Italie*, que se ha perdido. En ese texto daba algunas impresiones sobre los monumentos y los museos que había visitado. <<

[42] El estudio de las relaciones entre la poesía y la sociedad no es exclusivo de Tocqueville. Antes de él habían hablado de ello Guizot y Chateaubriand, para citar los nombres más conocidos. Pero probablemente fue Madame de Staël quien inició esta reflexión con su obra *De la littérature*, que Tocqueville podría haber leído, aunque nunca la cita directamente. <<

[43] A. Tocqueville, *La democracia en América, op. cit*. <<

[44] M. Wollstonecraft, *A Vindication of the Rights of Woman*, Londres (1792), 1891, p. 250. <<

[45] A. Tocqueville, *La democracia en América, op. cit*. <<

[46] Carta inédita, Archivos Tocqueville, fascículo 5. <<

[47] A. Tocqueville, *La democracia en América, op. cit*. <<

[48] A. Tocqueville, *La democracia en América, op. cit*.. <<

[49] F. Guizot, *Histoire parlementaire de la France. Recueil complet des discours prononcés dans la Chambre de 1819 á 1848*, 5 tomos, París, 1863-1864, t. 1, p. 178. <<

[50] F. Guizot, *Histoire de la civilisation en Europe depuis la chute de l'Empire romain jusqu'à la Révolution française*, París, 1857, p. 117. <<

[51] Para una interesante profundizaron sobre Guizot, véase el capítulo referido a él en S. Chignola, *Il tempo rovesciato*, Bolonia. 2011. <<

[52] F. Guizot, *Histoire des origines du gouvernement représentatif, op. cit*, vol. I, p. 91. <<

[53] Cfr. F. M. De Sanctis, *Tempo di democracia*, 1986, cap. II. <<

[54] M. Terni (a cargo de), *Tocqueville, L'amicizia e la democracia. Lettere scelte 1824-1859*, Roma, 1987, p. 114. <<

[55] Cfr. A. Antoine, *L'impensé de la démocratie. Tocqueville, La citoyenneté et la religion*, París, 2003. <<

[56] S. Chignola, *Il tempo rovesciato*, Bolonia, 2011, p. 122. <<

[57] A. Tocqueville, *La democracia en América, op. cit*. <<

[58] S. Abruzzese, *La sociología di Tocqueville. Un'introduzione*, Soveria Mannelli, 2005, p. 43. <<

[59] Cfr. M. Magatti, «Per una definizione di società civile», en V. Cesáreo (ed.), *I protagonisti della società civile*, Saveria Mannelli, 2003. <<

[60] A. Antoine, *op. cit*, p. 30. <<

[61] A. Tocqueville, *La democracia en América, op. cit*. <<

[62] Esta distinción la sugiere Salvatore Abruzzese, *La sociología di Tocqueville. Un'introduzione*, Nápoles, 2000, p. 91. <<

[63] *Ibid*, p. 92. <<

[64] A. Tocqueville, *La democracia en América, op. cit*. <<

[65] Por primera vez, la enfermedad había llegado a Europa Procedía de la India, donde, en algunas zonas, era endémica, había aparecido en Rusia en 1830 y, con el movimiento de los ejércitos, llegó a Polonia y a Alemania Por último había llegado a Inglaterra y Francia. <<

[66] Carta inédita del 10 de julio de 1856, Archivos Montalembert. <<

[67] 67 Son testigo de ello en particular tres cartas enviadas a sus amigos Kergolay, Beaumont y Stoffels. Cfr. O. C., II, 2, nota crítica de presentación del volumen, pp. 12-13. <<

[68] Es a esta obra que se refiere Carducci en los sonetos del *Ça ira*. <<

[69] A. Jardin (ed.), *Correspondance d'Alexis de Tocqueville et de Gustave de Beaumont* en Œuvres, t. VIII, vol. II, París, 1967, pp. 343-344. <<

[70] A. Tocqueville, *Frammenti storici sulla rivoluzione francese,* trad. it L Russo, Milán, 1943, pp. 21-53. <<

[71] Carta del 15 de diciembre de 1850 a Kergolay, O. C, XIII, p. 232. <<

[72] A. Tocqueville, *La democracia en América, op. cit*. <<

[73] *Idem*. <<

[74] *Idem*. <<

[75] A. Tocqueville, *Œuvres complètes*, *op. cit*, p. 227. <<

[76] *Ibidem*. <<

[77] A. Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Madrid, Alianza Editorial, 2004. <<

[78] A. Tocqueville, *Œuvres complètes*, *op. cit*, VII, p. 410. <<

[79] *Idem*, II, pp. 33-139. <<

[80] J. L Benoît, *Comprendre Tocqueville*, París, 2004. <<

[81] R. Boudon, *La logique du social*, París, 1979. <<

[82] F. Furet, *Penser la Révolution Française*, París, 1989. <<

[83] A. Antoine, *op. cit*. <<

[84] A. Tocqueville, *La democracia en América, op. cit*. <<

[85] S. Abruzzese, *La sociología di Tocqueville. Un'introduzione*, Soveria Mannelli, 2005, p. 28. <<

[86] R. Boudon, *Tocqueville aujourd'hui*, París, 2005, p. 13. <<

[87] A Tocqueville, *La democracia en América*, *op. cit*. <<

[88] G. W. Pierson, *Tocqueville and Beaumont in America*. Oxford, 1938. p. 769. <<

[89] Puede pensarse que la obra de Tocqueville anticipa la obra de Heribeni Spencer, *Principios de sociología*, en que el autor muestra cómo ta sociedad es un organismo porque «en el organismo social hay una vida de conjunto que no se parece en nada a la de la unidad, aunque sea su producto». <<

[90] A. Tocqueville, *Souvenirs, op. cit*., p. 31. <<

[91] *Idem*, p. 35. <<

[92] *Idem*, p. 96. <<

[93] E. H. Kantorowicz, *I due corpi del re*, Milán, 2012. <<

[94] G. Briguglia, «L’anima e il sovrano. Osservazioni sulla metafora stato-corpo nel Leviatano di Hobbes», en S. Simonetta (a cargo de), *Potere sovrano. Simboli limiti abusi*, Bolonia, pp. 61-78. <<

[95] O. Niccoli, *Immagini e metafore della società in età moderna*, Università degli Studi di Trento. <<

[96] G. Briguglia, «Metafora e linguaggi politici», en *Doctor Vlrtualis*, 3, 2004. <<

[97] G. Lefebvre, «Introducción», en *El Antiguo Régimen y la Revolución*, *op. cit*, pp. 20-21. <<

[98] A. Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la Revolución, op. cit* <<

[99] También resultaría interesante pensar en una influencia del socialista Saint-Simon (que a menudo fue acusado de ser uno de sus seguidores), sobre todo en lo que se refiere al concepto de cuerpo social como organismo. <<

TOCQUEVILLE

La actualidad de la democracia

Elisa Virgili

Lectulandia